

Evidencias Cristianas

Por: Josh McDowell

(Tomado de *Él Anduvo Entre Nosotros*)

Introducción

¿Cuántas veces se ha hecho usted las siguientes preguntas?: Después de todo, ¿quién fue Jesucristo? ¿Cómo era realmente? o como el erudito británico del Nuevo Testamento R. T. France lo expone:

¿Cuánto de nuestro entendimiento tradicional es el producto de los archivos históricos, en lugar de la imaginación y de los sentimientos piadosos? ¿Cuántas de estas cosas tienen el efecto de convertir a Jesús en un hombre con nuestra propia cultura, o todavía peor, sin cultura alguna, separándolo así de una manera efectiva de la vida real? ¿No estamos aún un poco sorprendidos de que Jesús pudo haber tenido un sentido del humor real o de que tuviera sus propias convicciones políticas?

¿Te ha molestado alguna vez -los críticos te preguntarán- que parecen existir relativamente pocas referencias acerca de Jesús aparte de los escritos cristianos? El hecho de que casi todo lo que sabemos acerca de El proviene de los documentos cristianos ha guiado a algunos eruditos a negar que El alguna vez siquiera haya existido. Bruno Bauer, Paul Couchoud, G. Gurev, R. Augsten, y más recientemente G. A. Wells, han argumentado en contra de la existencia de Jesús. Otros, como lo señala el profesor Charlesworth del Seminario Teológico de Princeton: "seguramente desearían hacer la siguiente pregunta: ¿No es obvio que una de las conclusiones del estudio del Nuevo Testamento es que no se puede saber nada con certeza acerca del Jesús de la historia?"

¿CUÁL ES EL VERDADERO PROBLEMA?

¿Vivió Jesús alguna vez? La mayoría de los eruditos admiten que un hombre conocido como Jesús de Nazaret vivió en el primer siglo y que su vida fue la fuente de varios informes que circularon acerca de él. Sólo unos insisten en que Jesús nunca vivió.

Sin embargo, la pregunta sobre la cual se debate más hoy día es: “¿Acaso Jesús de Nazaret vivió la clase de vida que los evangelios dicen que vivió?” ¿Fue él la clase de persona que la Biblia nos describe? Una corriente de libros nuevos continúa presentando a Jesús como cualquier cosa, menos como la figura descrita en los evangelios. Se le describe como a un mago, un fanático, una esencia, un gurú, un trotamundos, como alguien que utilizaba el hipnotismo, y como el esposo de María Magdalena con quien él trajo a la existencia un linaje secreto y una sociedad para gobernar al mundo. El es presentado como un gnóstico, como un astronauta del espacio exterior, un mentiroso que planeó su propia resurrección y, como nada más que un nombre secreto utilizado para identificar un hongo sagrado alucinógeno utilizado por los primeros cristianos.

Por el otro lado, nosotros deseamos presentar evidencias confiables para mostrar tan certeramente como sea posible cómo era el Jesús histórico.

¿POR QUE ES IMPORTANTE LA HISTORIA DE JESUS?

Considere una afirmación hecha por John Gibbin en su famoso libro, *In Search of the Double Helix; Quantum Physics and Life*: (En busca de la doble espiral; de la física cuántica y de la vida).

Pregúntenle a cristianos fieles si ellos creen que Jesús murió y resucitó, y dirán que por supuesto que lo creen. Pídanles evidencias del hecho y serán desconcertados por tal pregunta. No es cuestión de evidencia, sino de creencia; el pedir una evidencia indica que se tienen dudas, y si se tienen dudas entonces no hay fe.

Obviamente Gibbin malentiende la fe y la naturaleza de la evidencia. La fe no es solamente creer en algo cuando hay una ausencia de la evidencia —un aspecto de la fe

bíblica es el creer en lo que la Biblia dice basándonos en la evidencia disponible. Por eso es que la religión y el profesor de filosofía Charles Anderson tienen razón al decir:

No sería una exageración afirmar que el cristianismo es una religión histórica y de que está tan íntimamente atada a la historia, que si se demostrara que la credibilidad histórica de sus fuentes es falsa, se derrumbaría inmediatamente en el sentido de no poder exigir nuestra lealtad.

E. M. Blaiklock, antiguo profesor de Clásicos en el Colegio Universitario en Auckland, Nueva Zelanda, añade, "*Puesto que la fe cristiana tiene sus raíces en la historia, el perturbar la historia inevitablemente es disturbar la fe*".

La evidencia presentada en este curso deberá ayudar a contestar las preguntas que tenga acerca de la vida de Jesús cuando Él anduvo entre la gente del primer siglo.

Creemos que Dios nos ha dado suficiente evidencia de Su obra en la historia para permitimos una fuerte convicción basándonos en una abrumadora probabilidad, aunque no tan certera como para forzarnos a creer en contra de nuestra voluntad. De acuerdo con el físico y filósofo francés, Blas Pascal:

Él [Dios] regula tanto el conocimiento de sí mismo que ha dado señales acerca de sí mismo visibles para aquellos que le buscan y no para los que no le buscan. Hay suficiente oscuridad para aquellos que tienen una disposición contraria.

BUSQUEDA HISTORICA DEL JESUS HISTORICO

¿Por qué algunos eruditos hoy día son tan escépticos en cuanto a los relatos de los Evangelios? ¿Qué ha sucedido en el pasado para que haya tal escepticismo? I. Howard Marshall, profesor de Exégesis del Nuevo Testamento en la Universidad de Aberdeen, ha inspeccionado de una manera conveniente las "pruebas del Jesús histórico" a través de los últimos doscientos años. Aquí sólo tocaremos los puntos más importantes, pero recomendamos de corazón el trabajo de Marshall para ampliar estudio y como referencias a la historia de la erudición en estos asuntos.

La publicación póstuma, en 1778, de los escritos de H. S. Reimarus marcó un principio bien definido a los enfoques de los críticos en cuanto a la historicidad de Jesús. Reimarus, un profesor de hebreo y de lenguas orientales en Hamburgo, Alemania, veía a Jesús como un judío fanático que no pudo establecer su reino mesiánico. Reimarus dice que sus discípulos robaron el cuerpo y fabricaron la historia de su resurrección. En 1835 el erudito de Tübingen, David Friedrich Strauss, a los veintisiete años, publicó "La vida de Jesús". Este gran trabajo sumamente influido por el racionalismo, expresó un gran escepticismo con respecto a las fuentes históricas de los Evangelios. Harnack, y otros teólogos liberales del siglo diecinueve construyeron sus descripciones de tal manera que Jesús se convirtió en lo que se ha descrito como el "Jesús liberal" quien se sentía bastante bien en esa posición, tan inofensivo como un maestro de escuela dominical del siglo diecinueve. William Temple, arzobispo de Canterbury, posteriormente atacó tal posición al decir: *"El por qué cualquiera que decida crucificar al Cristo del cristianismo tenga problemas siempre ha sido un misterio"*.

En 1901, William Wrede, un erudito alemán del Nuevo Testamento, publicó *"The Messianic Secret"* (El Secreto Mesiánico). De acuerdo con Wrede, Jesús no le pudo haber dicho a sus discípulos y a otros que se callaran y no dijeran nada de las sanidades que él había hecho y acerca de su mesianismo. Por lo tanto, éstas deben de ser afirmaciones falsas añadidas por Marcos por el interés en la teología. Así que los Evangelios fueron solamente un poco más que fantasías teológicas.

En 1906, Albert Schweitzer dio a conocer *"The Quest of the Historical Jesús"* (La búsqueda del Jesús histórico). Aunque Schweitzer tuvo éxito en refutar las populares *"Vidas de Jesús"* que había hasta su día, él dejó atrás a un Jesús desilusionado, esperando que llegara el fin de la historia, y quien murió con desesperación de no verlo llegar. Como él mismo lo expresó:

"El Jesús de Nazaret que vino públicamente como el Mesías, que predicó la ética del Reino de Dios, que fundó el reino de los cielos sobre la tierra, y que murió para darle a su obra la última consagración, nunca existió realmente. Él es un personaje diseñado por el racionalismo, dotado de vida por el liberalismo y vestido por la teología moderna con una vestidura histórica".

Sin embargo, la contribución de Schweitzer fue reconocer que el Jesús de la historia pudo haber sido diferente al hombre moderno.

Casi al mismo tiempo que Wrede y Schweitzer, las *"Religions-geschichtliche Schule"*, se propusieron establecer paralelos entre el cristianismo y otras sectas del Mediterráneo oriental. Esta comparación no incluía a las sectas judías. De acuerdo con esta escuela, a

Jesús le fueron dados sus poderes divinos por los escritores de los Evangelios, quienes estaban bajo la influencia de leyendas paganas acerca de los “hombres divinos” con poderes para hacer milagros.

Después de la Primera Guerra Mundial, una forma de crítica empezó a ejercer y a aumentar su influencia. En 1919 K. L. Schmidt, mantuvo que casi todos los detalles de tiempo y espacio en los Evangelios fueron contruidos artificialmente por sus escritores y no fueron necesariamente históricos. Martin Dibelius en 1919 y Rudolf Bultmann en 1921 dieron a conocer sus trabajos, los cuales buscaban analizar varios casos por separado dentro de las tradiciones de los Evangelios, de acuerdo a su forma y no conforme a su contenido.

Era común a la mayoría de las formas de la crítica (1) dar por hecho que la tradición de las palabras y los hechos de Jesús sufrieron añadiduras, tachaduras, y cambios antes que fuesen escritos; (2) dar por sentado que "la forma de vida" (*Sitz im Leben*) de la primera iglesia, controló el contenido y la manera en que los conceptos de los Evangelios fueron escritos; (3) la creencia de que los escritores de los evangelios tomaron características de otra literatura antigua para incorporarlas a sus conceptos, (4) suponer (particularmente con Bultmann y otros que le siguieron) que el racionalismo había eliminado por completo la posibilidad de los milagros; y (5) la conclusión (nuevamente en particular de Bultmann y de sus seguidores) de que no había mucho en los Evangelios que se pudiera considerar una narración histórica confiable.

Bultmann formuló el enfoque general de que si alguien, ya sea antes o después de Jesús, pudo haber dicho algo que los Evangelios atribuyen a Jesús, entonces cabía la probabilidad de que Jesús no lo hubiera dicho. Los pocos hechos y palabras que quedaron, Bultmann los publicó en un librito traducido al inglés en 1934 con el nombre *The Jesus and the Word* (Jesús y la Palabra). Lohmeyer, otro erudito alemán describió este libro como, "Un libro de Jesús, sin Jesús". Marshal lo resume:

"Si A. Schweitzer pronunció el obituario en cuanto a la búsqueda del Jesús histórico se refiere, de Bultmann se pudiera decir que colocó la tumba en su verdadero lugar. El efecto general de su trabajo fue el de declarar que la búsqueda del Jesús histórico es tarea imposible. Es más, Bultmann llegó hasta el extremo de afirmar que tal tarea es tan ilegítima como innecesaria".

En reacción al pesimismo de Bultman sobre el posible material histórico en los Evangelios, un número de escritores mantuvo una posición más optimista y conservadora. Entre ellos estuvieron Dibelius (sólo un poco más conservador), Dodd, T. W. Manson, W. Manson y V. Taylor. En varios grados, éstos y otros eruditos trataron

de identificar algunas porciones de los Evangelios como históricamente confiables. Aun dentro de los seguidores de Bultmann, E. Kasemann y G. Borrikarrim, hubo quienes reafirmaron parte del material como históricamente confiable, pero N. Perrin mantuvo el pesimismo de Bultmann. Otros fuera del grupo de Bultmann, incluyendo a Jeremías, Goppelt y Guthrie, han argumentado en cuanto a considerar auténtico mucho del material de los Evangelios.

DESCRIPCIONES RECIENTES DE JESUS

Una de las películas norteamericanas más emocionantes en años recientes fue la película *Raiders of the Lost Ark* (En busca del arca perdida). Esta aventura de arqueólogos rivales que tratan de descubrir el arca perdida de los judíos, cautivó al público a través de los Estados Unidos. Aunque En busca del arca perdida fue sólo ficción, en las últimas décadas se han hecho muchos intentos de parte de la prensa para descubrir, no un artificio judío, sino la realidad de una persona judía en la historia: Jesús de Nazaret. Se podría llamar a la película "*En busca del Jesús perdido*".

En vista de los innumerables misterios que rodean la propuesta de que Jesús de Nazaret podría posiblemente ser (de acuerdo a las creencias cristianas) el esperado Mesías, no es sorprendente que incontables autores hayan escrito varias hipótesis para explicar la vida de Jesús. Sin embargo, tenemos que estar de acuerdo con el erudito del Nuevo Testamento Michael Green cuando dice:

"Algo que me sorprende es que continuamente se publican libros y se producen programas de televisión en los que se llegan a las interpretaciones más curiosas de Jesús de Nazaret, basándose en las más débiles evidencias".

Considere, por ejemplo: *The Lost Years of Jesus* (Los años de silencio en cuanto a la vida de Jesús), una popular reconstrucción de la vida de Jesús, la cual lleva la promoción típica: "¡Un descubrimiento histórico que hará temblar los fundamentos del cristianismo moderno!" Este libro recién publicado por Elizabeth Clare Prophet, fantasea acerca de que Jesús pasó diecisiete años de su vida, entre los trece y los treinta, en la India. La autora presenta el testimonio de cuatro testigos que han visto documentos (cuán antiguos sean nadie parece saberlo), que preservan esta tradición en la India. Los eruditos no consideran este libro como algo serio.

Una presentación ligeramente mejor documentada es el "estremecedor libro de mayor venta internacional" de 1982, *Holy Blood, Holy Grail* (Sangre santa, Santo

Grial). El libro intriga a sus lectores con una trama de especulaciones respecto a María Magdalena como esposa de Jesús y con la posibilidad de que tuvieron hasta seis hijos. Tan atractiva como la hipótesis del libro pueda ser para los lectores incautos, lo cierto es que no existe evidencia alguna para que la autora pueda sustentar tal posición, la cual no existe. En efecto, los mismos autores tienen que admitir que ellos han leído en los Evangelios lo que deseaban ver:

"No fue nuestra intención desacreditar los Evangelios. Quisimos sólo examinarlos para localizar ciertos fragmentos de posible o probable verdad y extraerlos de la matriz donde se hallaban camuflados. Estábamos buscando fragmentos, además, de un carácter muy preciso —fragmentos que probaran que hubo un matrimonio entre Jesús y la mujer conocida como Magdalena. Tales pruebas, no hay necesidad de decirlo, no serían explícitas. Para poder encontrarlas, nos dimos cuenta, nos veríamos obligados a leer entre líneas, llenar ciertos huecos, suponer que hubo ciertas censuras y elipsis. Tendríamos que tratar con omisiones, con insinuaciones, con referencias que en el mejor de los casos eran evasivas".

Los autores han dado, en la porción arriba enfatizada, casi una precisa definición de lo que los eruditos bíblicos llaman eiségesis: ¡La práctica de leer en un texto un pensamiento que no se encuentra allí!

Con una evidencia casi tan débil como esa, Thomas Sheehan demanda el reconocimiento de Jesús como un simple hombre que predicó que toda religión debe llegar a su fin. La tesis entera de este libro, *The First Coming* (La Primera Venida) estaba basada en una rara interpretación de Marcos 1:15 (El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.) Un versículo que, cuando se separa de su contexto bíblico, a menudo ha sido utilizado para presentar reinterpretaciones novelescas de los Evangelios. Sheehan, un filósofo, ha producido una obra de filosofía especulativa y no de investigación histórica.

Con una inclinación diferente, Morton Smith, profesor de Historia Antigua en la Universidad de Columbia, presentó a Jesús como un mago que influyó a sus seguidores a través de ilusiones y de hipnosis. En *Jesús the Magician* (Jesús el mago) Smith reinterpreta textos bíblicos a la luz de una carta de Clemente de Alejandría, la que él descubrió en 1958. Smith, como otros que negaban la credibilidad de los conceptos de los Evangelios, establece enfáticamente: "*Los Evangelios se contradicen unos a otros reiteradamente*".

Mientras que esta afirmación puede ser debatida, uno a menudo pasa por alto la observación acerca de la forma en que se contradicen varias de las reconstrucciones de

la vida de Jesús. Por ejemplo, en *Holy Blood, Holy Grail* (Sangre Santa, Santo Grial) las bodas de Caná, se supone que sean las bodas de Jesús y María Magdalena. Smith, por el otro lado, acaba con todo al decir: "*La historia de Caná probablemente también es ficticia; se ha demostrado que fue el modelo de un mito dionisiaco*". La tendencia de Smith de ir en contra de cualquier cosa que sea creíble en los conceptos de los Evangelios sobresale en sus escritos.

Varias de las conjeturas de Smith fueron utilizadas por Ian Wilson en su libro, *Jesus: The Evidence* (Jesús: La evidencia), y aun más en las series televisivas británicas del mismo nombre. En ese libro, Wilson extrae de la erudición liberal del siglo diecinueve y del siglo veinte una forma de crítica para poner en duda la confiabilidad de los registros de los Evangelios como fuente histórica. Aun allí la evidencia lo impele a concluir que Jesús existió, pero favorece la hipótesis de Smith de que Jesús hizo milagros utilizando la magia. Wilson juega con la idea de la posibilidad de la hipnosis en masa para explicar las apariciones después de la resurrección, y la posibilidad de que la tumba no estuviera vacía; sin embargo, finalmente concluye que la resurrección misma habrá de permanecer como un misterio.

Hace más de sesenta años el francés Paul Louis Couchoud publicó su obra *Le Mystere de Jesus* (Los misterios de Jesús). En ésta, de acuerdo a Francoi Amiot, él "*alegremente invitaba a los fieles a liberarse de la doctrina del Hijo de Dios encarnado y a que admitieran que la personalidad de Jesús era una completa farsa, una construcción ingeniosa, hecha de oráculos proféticos dedicados a hablar con anticipación del futuro Mesías*".

Más recientemente, G. A. Wells, ha escrito tres libros con una conclusión similar, *The Jesus of the Early Christians* (El Jesús de los primeros cristianos) 1971, *Did Jesus Exist?* (¿Existió Jesús?) 1975; y *The Historical Evidence for Jesus* (La evidencia histórica de Jesús) 1982. Por asignarles la fecha de 90 A.D. y posteriores a los libros del Nuevo Testamento, él ha determinado "*demostrar que el trabajo reciente de los mismos teólogos críticos provee las bases para tomar de una manera más seria la hipótesis de que el cristianismo no comenzó con un Jesús que vivió en la tierra*". La posición de Wells, de paso, fue rechazada por Ian Wilson en *Jesus: The Evidence* (Jesús: La evidencia).

John Allegro, un competente erudito semita, recientemente asumió una novedosa tesis. En *The Sacret Mushroom and the Cross* (El hongo sagrado y la cruz): Jesús no es una persona de la historia, sino más bien algo como un nombre codificado para aludir al uso de una droga alucinógena hecha del hongo de sombrero rojo, *Amanita Muscaria*. Se alega que los escritores del Nuevo Testamento eran miembros de un antiguo culto a la fertilidad, que pusieron sus secretos por escrito en un elaborado criptograma, el mismo Nuevo Testamento. G. A. Wells (arriba) rechazó rotundamente esta hipótesis.

Y la lista continúa. El rabino ortodoxo Harvey Falk ha escrito, *Jesus the Pharisee: A New Look at the Jewishness of Jesus* (Jesús el fariseo: Un nuevo vistazo al judaísmo de Jesús). Después hay los seminarios acerca de Jesús en donde los eruditos se reúnen dos veces al año para calificar varios segmentos de los Evangelios con respecto a su confiabilidad histórica. En 1985, la publicación humanista *Free Inquiry* (Encuesta libre) ayudó a auspiciar un "Simposio Internacional de Jesús y de los Evangelios" en la Universidad de Michigan. *Free Inquiry* anunció que la conferencia de "Jesús en la historia y el mito" sería una cita de "prominentes eruditos bíblicos, científicos y escépticos y que debatirían este problema por primera vez". En realidad, la erudición cristiana conservadora no estuvo presente, y uno de los pocos oradores que apoyó algunas de las cosas de los Evangelios como algo histórico, también afirmó claramente su rechazo del nacimiento virginal y de la resurrección corporal de Jesús.

En los años venideros el estudiante, el seminarista y el predicador en el púlpito, todos ellos, necesitarán estar más conscientes de esta clase de ataques a la verdad del Nuevo Testamento con respecto a la realidad histórica de Jesús. La erudición crítica (de naturaleza destructiva) está profundamente atrincherada en muchos colegios y seminarios. Y, percatémonos de ello, los medios de comunicación ponen mucho más interés de las nuevas presentaciones estrafalarias de Jesús que de cualquier otra cosa puesta en la sección de religión.

La mayoría de las popularistas Vidas de Jesús tienen varias cosas en común, R. T. France lo resume:

Todas esas reconstrucciones de Jesús necesariamente tienen en común un escepticismo extremo en lo que respecta a la principal evidencia de Jesús, los Evangelios canónicos, los cuales son considerados como una distorsión deliberada de la verdad para poder ofrecer un Jesús que sirva para ser el objeto de adoración de los cristianos. En lugar de eso, ellos buscan insinuaciones de "evidencias omitidas", y dan un lugar central a detalles históricos sin importancia y a tradiciones "apócrifas" posteriores que no son desconocidas a los principales eruditos bíblicos, pero que generalmente no han pasado de ser consideradas como periféricas en el mejor de los casos, y en la mayoría de los casos nada fidedignas. La credulidad con la cual esta "evidencia omitida" es aceptada y el lugar central que se le da para reconstruir al Jesús "real" es más ostensible cuando se la contrasta con el excesivo escepticismo mostrado hacia los Evangelios canónicos.

En *The Screwtape Letters* (Cartas a un diablo novato), C.S. Lewis quizás haya dado el juicio más exacto de la continua producción de las popularistas Vidas de Jesús. En el relato en cuestión, Cintarrosca, un demonio anciano, le da consejos a su sobrino acerca de una de las muchas estrategias del engaño:

En la pasada generación promovimos la construcción de ... un "Jesús histórico" adaptado al pensamiento de los liberales y de los que opinan que Jesús fue meramente humano; Ahora estamos presentando un nuevo "Jesús histórico" de corte marxista, catastrófico y revolucionario. La ventaja de tales construcciones, las cuales tratamos de cambiar cada treinta años más o menos, son variadas. En primer lugar, todas ellas tienden a dirigir la devoción del hombre hacia algo que no existe, porque cada "Jesús histórico" no es histórico. Los documentos dicen lo que dicen y no se les puede añadir nada; cada nuevo "Jesús histórico", pues, tiene que salir de ellos por omisión en algún punto o por exageraciones en otros y con suposiciones de esa clase (brillante es el adjetivo que enseñamos a los humanos que se debe aplicar a ello) en los cuales nadie arriesgaría ni cinco centavos en la vida ordinaria, pero que bastan suficiente para producir una cosecha de nuevos Napoleones, Shakespeares, Swifts, en cada catálogo de publicaciones de otoño".

UN REPASO

Usted mismo lo ha escuchado (o preguntado): ¿Cómo sabemos que Jesús vivió, y si vivió, cómo era? La respuesta que se repite a menudo es: "Las únicas referencias históricas acerca de El, están contenidas en fuentes cristianas tergiversadas".

¿Es un hecho o es ficción? Para responder a esta pregunta, primeramente veremos en la Parte I de este estudio las varias referencias a Jesús en la literatura judía y la secular. También evaluaremos el valor de las referencias a Jesús que se hallan en los escritos de los primeros padres de la iglesia y en los escritos Apócrifos, Agrafofos y Seudopígrafos.

En la Parte II investigaremos la confiabilidad histórica del Nuevo Testamento acerca de Jesús. ¿Por qué algunos de los eruditos dudan de la autenticidad de las referencias históricas del Nuevo Testamento? ¿Debemos descalificar a los escritores de los Evangelios por su alegado prejuicio cristiano? ¿Cómo sabemos que ellos no inventaron la historia de Jesús, o que no es una leyenda que se desarrolló entre los años en que Jesús vivió y el tiempo en que alguien finalmente se tomó la molestia de escribirla? ¿Por qué no la escribieron inmediatamente? ¿Qué es la crítica de forma, y son acertadas sus conclusiones? ¿Qué de todos los mitos paganos de dioses que vinieron al mundo a través de nacimientos virginales y realizaron milagros? ¿Podría ser de allí de donde los escritores de los Evangelios obtuvieron su historia? ¿De dónde obtuvieron el material acerca de Jesús, después de todo? ¿Cómo la geografía de Palestina nos ayuda a entender algunos de los dichos que se le atribuyen a Jesús? ¿Es de alguna ayuda la arqueología? ¿Qué del marco histórico judío del Evangelio? y ¿puede uno confiar seriamente en los documentos que están llenos de informes de milagros, en especial de la resurrección de

Jesucristo? Finalmente, ¿se puede confiar en la exactitud histórica de los escritores que declaran que Jesús es tanto el Mesías como el Hijo de Dios?

En el último capítulo, aplicaremos todas las evidencias acumuladas a varias descripciones popularistas de Jesús. En el proceso evaluaremos cuán dignos de confianza pueden ser estos trabajos.

PARTE I

EVIDENCIAS EXTRABÍBLICAS

ACERCA DE JESÚS

LA NATURALEZA INSOLITA
DE LAS REFERENCIAS EXTRABIBLICAS
ACERCA DE JESUS

Recientemente, recibimos una carta de una persona que escribía:

«Casi soy un creyente, pero no deseo creer con una fe ciega....¿Puede documentarme con hechos históricos que no sean bíblicos acerca de la resurrección de Cristo?»

Una persona relacionada profesionalmente con el profesor F.F. Bruce, antiguo profesor de crítica y exégesis de la Biblia en Rylands en la Universidad de Manchester, planteó la pregunta de una manera un poco más amplia:

¿Qué prueba colateral existe acerca del hecho histórico de la vida de Jesucristo?

A continuación de este capítulo, lo restante de la Parte I se ha dedicado a documentar y a evaluar las referencias extrabíblicas de la vida de Jesús. Para que podamos apreciar completamente estas referencias, debemos tener contestadas varias preguntas importantes. Las respuestas a estas preguntas aclararán las cuestiones más inclusivas: ¿Deberíamos, realmente, esperar que los registros de la historia secular de la época de Jesús hayan preservado alguna mención acerca de Su vida, y (de ser así, qué tipo de referencias deberíamos esperar?

¿QUE ACERCA DE LOS REPORTES DE PILATO?

Si la Biblia describe exactamente la vida, muerte y resurrección de Jesús, ¿no habría hecho Poncio Pilato, entre otros, un reporte de estas cosas? El notable erudito F. F. Bruce responde:

La gente a menudo se pregunta si se ha preservado algún registro del reporte, que, se supone, Poncio Pilato prefecto de Judea envió a Roma, acerca del juicio y ejecución de Jesús de Nazaret. No hay respuesta alguna. Pero en este mismo momento déjenme añadir que no hay ningún registro oficial que haya sido preservado de algún reporte que Poncio Pilato, o cualquier otro gobernador de Judea, haya enviado a Roma acerca de nada. Y sólo raramente ha sobrevivido algún reporte oficial de algún gobernador de alguna provincia romana. Quizás ellos enviaban sus reportes regularmente, pero en su mayoría estos reportes fueron documentos efímeros y a su debido tiempo desaparecieron.

Es interesante que aun hoy día, cuando no tenemos ningún reporte de Pilato o de cualquier otro gobernador romano de Judea acerca de cualquier cosa, los primeros cristianos aparentemente sabían de los registros de Pilato acerca de Jesús. Justino Mártir, escribiendo aproximadamente en el 150 A. D., le informa al emperador Antonino Pío del cumplimiento del Salmo 22: 16:

Pero las palabras: «Horadaron mis manos y, mis pies» se refieren a los clavos con que fijaron las manos y los pies de Jesús a la cruz; Y después que fue crucificado, sus ejecutores echaron suertes sobre su ropa, y la dividieron entre ellos. Que estas cosas acontecieron usted lo puede saber por los «Hechos» que fueron escritos bajo Poncio Pilato.

Justino también dice:

De que él haya realizado tales milagros puede usted quedar fácilmente satisfecho con los «Hechos» de Poncio Pilato.

Bruce continúa:

De forma similar, Justino y Tertuliano, otro apologista cristiano de una o dos generaciones después, estaban ambos seguros de que el censo que se hizo en los días del nacimiento de nuestro Señor, fue colocado en los archivos oficiales del reino de

Augusto, y que cualquiera que se tomara la molestia de buscar en estos archivos, encontraría los registros de José y de María.

La afirmación de Justino es audaz si en efecto no existieron tales registros. ¿Pueden imaginarse que un respetable erudito escriba al presidente de los Estados Unidos una carta, (la cual él sabe que va a ser examinada cuidadosamente) basando su caso en documentos federales oficiales, que no existen? Sin embargo, él lo hizo, y aparentemente molestó a los cristianos del cuarto siglo el hecho de que estos informes no estaban disponibles en su día. Unos «Hechos de Pilato» obviamente falsos, fueron elaborados en ese tiempo. Una indicación de su falsedad: eran dirigidos a Claudio, aunque Tiberio era emperador cuando Pilato gobernaba Judea.

¿Pero por qué alguien del siglo cuarto habría querido falsificar un documento del primer siglo? Aparte de una vista distorsionada de lo que las Escrituras enseñan con respecto a la honestidad, parte de la razón yace en el hecho de que los documentos del primer siglo eran muy raros.

¿CUÁNTO DEL MATERIAL SOBREVIVIÓ?

¿Cuánto material no bíblico de cualquier otro tema del primer siglo ha sobrevivido? Y de ese material, ¿en qué partes deberíamos esperar encontrar referencias acerca de Jesús? Nuevamente Bruce nos relata:

Cuando se nos pregunta qué pruebas colaterales existen de la vida de Jesucristo, ¿sería injusto empezar haciendo otra pregunta ¿En qué escritores contemporáneos —en aquellos que florecieron, digamos, durante los primeros cincuenta años después de la muerte de Cristo— esperaríamos encontrar la evidencia colateral que está buscando? Bueno, quizás sería más bien injusto, puesto que es difícil esperar que un hombre común y corriente supiera quién estaba escribiendo en el mundo grecorromano durante esos cincuenta años: el mismo estudiante clásico tiene que rascarse la cabeza al intentar recordar quiénes fueron tales escritores. Porque es sorprendente cuán pocos escritos, comparativamente hablando, han sobrevivido de esos años y del tipo que pudiera esperar remotamente que mencionara a Cristo. (Hago una excepción por el momento, de las cartas de Pablo y de otros varios escritores del Nuevo Testamento)

Un escritor prolífico y contemporáneo de Jesús fue Filón. Él nació cerca del año 15 A.C. y vivió en Alejandría, Egipto, hasta su muerte algún tiempo después del 46 A.D. Sus obras consisten, primeramente, en filosofía y comentarios de las Escrituras y religión judía en relación con la cultura y filosofía griegas. Su familia era una de las más ricas de Alejandría. Una lectura del artículo de la quinceava edición de la Enciclopedia Británica acerca de Filón, confirmará las conclusiones de Daniel Rops: *«No es sorprendente que tal persona no pusiera mucha atención a un agitador que surgió de la gente más humilde, cuya doctrina, si es que tenía alguna, no tenía conexión con la filosofía»*.

E. M. Blaiklock ha enumerado los escritos no cristianos del Imperio Romano del primer siglo (aparte de los de Filón) que han sobrevivido y que no mencionan a Jesús. Como podrás ver en nuestro resumen de Blaiklock en los siguientes párrafos, hay muy pocos.

De la década de los treinta, prácticamente nada ha sobrevivido. Valleius Paterculus, un oficial retirado del ejército de Tiberio, publicó lo que fue considerado como una historia de Roma del 30 A.D., escrita por un aficionado. Sólo parte de ésta ha sobrevivido. Jesús estaba empezando su ministerio. Considerando el tiempo del escrito y especialmente de la segregación entre las ciudades judías y romanas en Galilea es muy improbable que Paterculus siquiera haya oído de Jesús. Los escritores de los Evangelios no dan evidencia de que Jesús haya puesto siquiera un pie en Tiberias o cualquier otra ciudad romana de Galilea. También, sobreviviente de los treinta, hay una inscripción de Cesarea, que contiene dos tercios del nombre de Pilato.

Todo lo que quedó de la década de los cuarenta son las fábulas escritas por Fedro, un macedonio liberto.

De los años cincuenta y de los sesenta, Blaiklock nos dice:

Un espacio de treinta centímetros entre los sujetalibros que hay en este escritorio donde escribo podrían contener todas las obras que quedan de esos años significativos. Curiosamente, la mayor parte proviene de inmigrantes españoles en Roma, una anticipación de lo que la península ibérica iba a dar a su conquistador —senadores, escritores, y dos importantes, emperadores, Trajano y Adriano—. Pablo tuvo previsión cuando incluyó a España en su programa de viajes.

Las obras de este período incluyen los tratados filosóficos y las cartas de Séneca, el estadista romano, al escritor y tutor de Nerón, el largo poema de su sobrino Lucano

sobre la guerra civil entre Julio César y Pompeyo; un libro de agricultura por el soldado retirado, Colmuela, y grandes fragmentos de la novela *Satiricón* por el voluptuoso Gayo Petronio. También supervivientes de este período son unos cuantos cientos de líneas de un sátiro romano, Perseo: *La historia natural* de Plinio el Viejo («una colección de hechos raros del mundo de la naturaleza»); algunos fragmentos de comentarios sobre Cicerón de Asconius Pedianus; y la historia de Alejandro el Grande por el poco conocido Quintus Curtius. Blaiklock pregunta:

De este manojito de escritores, ¿sería probable que alguno mencionara a Cristo? Quizá Séneca, si es que en efecto él conoció y habló con Pablo. Pero hay muy poca probabilidad de que esta leyenda sea cierta. Además en el 64 A.D., en el verano en que Nerón se volvió hostil hacia los cristianos en Roma, Séneca fue un hombre distraído y atormentado. Un año después murió, llevado al suicidio por el loco tirano a quien él había tratado en vano de domesticar.

Inspeccionen las obras de los años setenta y de los ochenta para ver si era de esperar que hubiera alguien que mencionara a un agitador judío y religioso que había muerto ya hacía cuarenta años; Tácito, quien se convertiría en un gran historiador, publicó una obra pequeña sobre oratoria en el 81 A.D. Varios cientos de ingeniosos poemas o epigramas escritos por Marcial en Roma sobrevivieron, pero no mencionan claramente a los cristianos. Después del asesinato en masa de los cristianos por Nerón en el 64 A.D. no es de extrañar que pocos cristianos quisieran permanecer en Roma. Josefo escribió durante este período, y veremos sus comentarios acerca de Jesús en el próximo capítulo. Dos de sus obras, por buenas razones, no mencionan a Jesús: *En contra de Apión*, una obra apologética en la que contrasta la fe judía con el pensamiento griego, y *Las Guerras de los Judíos*, una historia general de las guerras judías desde el tiempo de los Macabeos hasta el 70 A.D. Una lectura de ambas es suficiente para mostrar que cualquier referencia a Jesús en algún lugar de ellas hubiera estado fuera de lugar.

En los noventa, el poeta Estacio publicó *Silvae*; Quintiliano publicó doce libros sobre oratoria y Tácito dos libros pequeños, uno fue una monografía acerca de su suegro Agrícola, y otra acerca de lo que hoy es Alemania. Del tema en cuestión no se esperaba que incluyera alguna cosa acerca de Jesús. Juvenal empezó sus obras de sátiras Justamente antes del fin del siglo. No hace mención de los cristiano, nuevamente esto no es sorprendente ya que ellos fueron declarados ilegales en Roma y por lo tanto tenían que mantenerse fuera de la vista. Un escritor siempre aumenta su popularidad por hacer mofa de personajes conocidos en lugar de reírse de aquellos a quienes nadie conoce.

Hubo, además, algunos escritos de Qumrán en el primer siglo. Nuevamente, no es una gran sorpresa —sino que se esperaba— que no mencionaran a Jesús. F. F. Bruce observa que:

La comunidad de Qumrán se retrajo tan lejos como les fue posible de la vida pública y vivió su retiro en el desierto; Jesús llevó a cabo su ministerio en los lugares donde la gente vivía y trabajaba, mezclándose con gente de todas las clases y condiciones, y por preferencia (parece ser) con hombres y mujeres a quienes una sociedad de hombres piadosos como Qumrán trataría de evitar. Y, aun más importante, prácticamente todos los escritos de Qumrán que trataban de temas religiosos (hasta donde han sido publicados a la fecha) son destinados por razones paleográficas a las décadas precristianas.

Cuando considere la cantidad y el contenido de los escritos del primer siglo que han sobrevivido podrá entender por qué no tenerlos más referencias acerca de Jesús que no sean de fuentes cristianas. R.T. France lo expresa de la siguiente manera:

Desde el punto de vista de la historia romana del primer siglo, Jesús fue un don nadie. Un hombre sin una posición social, que alcanzó una breve atención en una remota y poco querida provincia como predicador y hacedor de milagros, y que fue debidamente ejecutado por orden de un oscuro, gobernador provincial, difícilmente podría esperar ser mencionado en los titulares romanos.

Algunas obras del primer siglo que no sobrevivieron, casi es seguro que no contenían referencias acerca de Jesús. La única obra con las mayores probabilidades de mencionar a Jesús, pero que aparentemente no lo hizo. Fue la Crónica de Justo de Tiberias. Él nació en el mismo tiempo de la muerte de Jesús. Fotius, en el siglo noveno, comenta que su silencio se debió a su aversión al cristianismo, por el hecho de ser judío. Cuando un escritor de la antigüedad buscaba desacreditar a alguien, a menudo utilizaba el ardid común de no hacer mención de tal persona. Como resultado, su memoria no se preservaría. En algunas regiones del Oriente Cercano y Medio y especialmente en Egipto, comúnmente los nuevos gobernantes intentaban borrar toda evidencia de la existencia de un previo gobernante, destruyendo todas las inscripciones y escritos acerca del mismo. Si Justo intentó voluntariamente hacer caso omiso de Jesús de Nazaret, es imposible decirlo, puesto que su obra no puede ser analizada. El hecho de vivir en Tiberias quizás haya hecho destacar lo que él veía como importante. Quizás él haya omitido hablar de Jesús al igual que de muchos otros presuntos mesías, que eran comunes en esos tiempos.

Así que una razón por la cual debiera ser sorprendente que tengamos alguna referencia no cristiana de Jesús durante el primer siglo, es que no hubo mucho que sobreviviera hasta esta época. Lo que sobrevivió indica que los escritores no supieron acerca de Jesús o no se interesaron, en su persona.

¿CUANTA AGITACIÓN CAUSO JESÚS?

Los relatos de los Evangelios a menudo hablan de «*multitudes*» que seguían a Jesús. ¿Significa necesariamente que atraía mucho la atención? El doctor Robert Lindsey especialista en los Evangelios Sinópticos, quien vive y enseña en Israel, nos cuenta cómo encontró la respuesta a esta pregunta:

Me gusta recordar cómo una brillante joven israelí, estudiante mía me dio la pista del significado de la extraña palabra griega ochloi (multitudes). Esta palabra aparece con frecuencia en los Evangelios: sin embargo, tanto estudiantes como eruditos se han sentido desconcertados porque la traducción «multitudes» parece que en raras ocasiones, si es que alguna vez pudiera encajar en el contexto.

Un día en una clase mencioné que no entendía el significado del extraño uso de *ochloi* ni por qué aparecía en plural. «Ah», -respondió esta joven-, «eso suena exactamente como la utilizan los rabinos cuando hablan en los antiguos escritos del pueblo de un determinado lugar. Su palabra es *ochlosin*, una forma plural, la cual por supuesto, simplemente significa “la gente de la localidad”».

Ciertamente, casi esta estudiante estaba en lo correcto. En la historia de la liberación de un hombre endemoniado por Jesús, tanto Mateo como Lucas dicen que cuando el demonio salió del hombre, «la *ochloi* se maravilló». Claramente el significado no es «multitudes», sino, como nosotros diríamos, «la gente que estaba por allí».

*Aun en la alimentación de los cinco mil, donde tanto Mateo como Lucas se combinan nuevamente para decir que el **ochloi** le seguía, y donde verdaderamente había una muchedumbre, parece mejor Mateo 14:19: «El mandó a la gente que estaba presente que se sentase», en lugar de: «El mandó a las multitudes que se sentasen». Después de todo, era sólo una multitud, no varias. Ochloi es simplemente la traducción literal al griego de un texto hebreo que tenía la palabra **ochlosim** («la gente del lugar»).*

Bauer, Arndt y el Léxico griego de Gingrich confirman que el término griego *ochlos* (la forma en singular) es una palabra que se ha tomado prestada en la literatura rabínica. Dicho de otra manera, la palabra es originalmente griega, no hebrea; pero se convirtió en parte del vocabulario hebreo cuando los mundos griego y hebreo coincidieron en Palestina.

¿A qué se puede calificar de multitud? Ciertamente los cinco mil y los cuatro mil, además de las mujeres y niños, alimentados por Jesús en diferentes ocasiones, podrían llamarse multitudes. Y hubiera atraído la atención si no hubiese sucedido en «*un lugar desierto*» y si hubiera sido algo que solía ocurrir. Puesto que los escritores dan los números «5.000» y «4.000» podemos estar seguros de que estas fueron reuniones insólitas. Y nótese que la alimentación de los cinco mil en Lucas 9 sigue inmediatamente al viaje de predicación y de sanidad de los Doce. La gran muchedumbre probablemente se reunió como resultado de aquellos que seguían a cada discípulo que regresaba a Jesús. Aunque en muchas otras ocasiones, una muchedumbre de cincuenta a cien, posiblemente a veces hasta de quinientas personas, sería suficiente.

El Nuevo Testamento nos confirma que la vida de Jesús no pasó inadvertida. En Lucas 23:8 se dice que Herodes «*viendo a Jesús, se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba verle; porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verle hacer alguna señal*». Obviamente, para Herodes, Jesús era un poco más que un mago errante. A pesar del hecho de que se estaba corriendo la voz de que Jesús estaba atrayendo seguidores, los romanos y sus cronistas no le habrían puesto mucha atención, por dos razones al menos.

Primera, tal como sucede en nuestra época, la prensa secular del primer siglo no tomaba seriamente el testimonio de un fenómeno sobrenatural. Aquellos que producían la literatura palestina secular del primer siglo estaban más concentrados en los principales eventos y personalidades políticos. Para ellos, Jesús no hubiera sido más que un oscuro predicador interino de una ciudad casi desconocida, Nazaret, quien fue crucificado por causar disturbios menores, los cuales sólo involucraron brevemente al gobernador romano. De la misma manera, los líderes judíos y los reporteros vieron a Jesús como uno de esos predicadores sin importancia, que trataba de llamar la atención afirmando que él era el Mesías.

La segunda razón por la cual Jesús no debió causar mucho interés a los romanos es que los romanos tenían problemas más apremiantes. Si iban a estar preocupados por muchedumbres en Galilea, no iba a ser por las personas que ni siquiera estaban armadas y que ocasionalmente venían a ver a Jesús en Capernaum o sus alrededores.

Aproximadamente a ocho kilómetros de Capernaum, a través de la porción norte del Mar de Galilea, estaba la ciudad fortaleza de Gamala. Cerca de ocho kilómetros al suroeste, los acantilados de Arbela se levantaban del Mar de Galilea. Tanto Arbela como Gamala eran fortalezas de los celotes. Los romanos estarían más preocupados por las actividades de estas localidades que por algún maestro religioso que anduviese por los campos. Unos setenta años antes, un número de rebeldes saltó a su muelle desde los

acantilados de Arbela antes que someterse a Herodes. Cerca de treinta y cinco años después de la crucifixión de Jesús, cinco mil terroristas celotes en Gamala se mataron antes que someterse a los romanos. Josefa, el historiador judío del primer siglo, nos dice que en el 6 A. D. Judas «*un gaulanita de una ciudad cuyo nombre era Gamala*» dirigió una resistencia armada en contra de los romanos la cual fue brutalmente aplastada. Josefo identifica a este Judas como «el autor» de una cuarta secta de los judíos de la cual él no da su nombre, pero obviamente se está refiriendo a los celotes.

Jesús debió de haber tenido diez años, y, las continuas derrotas sangrientas de las bandas de los celotes, debieron de haber sido para él una ilustración vívida del tipo de movimiento que fracasaría finalmente. Los romanos, por lo tanto, no veían una amenaza militar en Jesús y en sus seguidores. Si lo hubieran visto de esa manera, hubieran crucificado a los discípulos de Jesús junto con él. Así que, desde la perspectiva romana se clasificaba a los celotes como «*bajo vigilancia*» y, a Jesús como «*inofensivo*».

Jesús fue cuidadoso en no atraer la atención hacia sí mismo en lo que respecta a lo que se esperaba de las populares corrientes mesiánicas. Siempre les decía a las personas judías que sanaba que no lo dijeran nadie. Cuando le quisieron hacer rey, se apartó de la multitud. El no habló a grupos grandes acerca de su identidad como «el Mesías», porque los líderes judíos esperaban que el Mesías fuera un rey que gobernara y que liberaría a su pueblo de la opresión. ¡Y los romanos sabían que esto era lo que ellos creían! (Es un marcado contraste que Jesús le haya dicho al hombre que fue sanado de posesión demoníaca que se fuera a su casa en su comunidad no judía y que les contara lo que Dios había hecho por él. Ellos no tenían las mismas expectativas mesiánicas que el pueblo judío.)

Cuando las muchedumbres resultaban muy grandes, Jesús se alejaba con sus discípulos a lugares deshabitados, «*al otro lado*» del mar de Galilea. Parece que Jesús vivió en esta tierra con una profunda conciencia de la parábola de la semilla de mostaza. En vida su reino sería pequeño y relativamente poco notorio; posteriormente, se volvería como un árbol que extiende sus ramas en todas las plantas del huerto.

¿QUE NOTICIAS ERAN LAS MÁS IMPORTANTES?

Si la descripción bíblica de las actividades de Jesús es exacta, ¿no hubiera atraído la atención lo suficiente como para que se le mencionara en los escritos del primer siglo? Aparte de lo que se dijo anteriormente, podemos estar de acuerdo con G. A. Wells cuando dice: «*En nuestros días el cristianismo ha sido tan importante por tanto tiempo que uno supone que debió de haberle parecido importante a los paganos cultos que vivieron en 50-150 A. D.*».

Los reporteros del primer siglo, al menos aquellos cuyas obras se han preservado hasta la fecha, indican que ellos estaban interesados en cosas tales como los principales acontecimientos políticos del día. Lea a través de las porciones de las obras de Tácito, Suetonio, y, aun de Josefo y otros de esa época, y notará enseguida que ellos se preocuparon casi completamente de los principales acontecimientos políticos e internacionales de esa época. En cuanto a los sucesos religiosos, sólo «los más importantes» nacional e internacionalmente eran mencionados.

Un ejemplo perfecto está en Hechos 25:19 donde Festo, una de las figuras políticas más cercanas a los acontecimientos del cristianismo del Primer siglo, dice, hablando de los judíos y de Pablo: «Sino que tenían contra él ciertas cuestiones acerca de su religión, y de un cierto Jesús, ya muerto, el que Pablo afirmaba estar vivo». Lo que Lucas reitera aquí es la relativa poca importancia que los oficiales gobernantes dieron a los sucesos religiosos de Palestina durante el primer siglo, al menos a aquellos que no parecían tener consecuencias políticas. Como resultado, debemos suponer que la prensa secular de Roma estaba más interesada en los intentos romanos para proteger sus fronteras, que en aquello que era considerado como menores desacuerdos religiosos. Como lo expone France:

Galilea y Judea fueron en esos tiempos pequeñas regiones administrativas bajo la gran provincia romana de Siria, la que estaba en la lejana frontera oriental del imperio, Los judíos, entre los cuales vivió y murió Jesús, eran un pueblo extraño y remoto, poco comprendido y poco aceptado por la mayoría de los europeos de esa época, a menudo más objeto del humor romano que gente a la que se considerara seriamente. Los sucesos principales de la historia judía se reflejan en las historias de ese período, pero ¿era la vida de Jesús, desde el punto de vista romano, un acontecimiento de los más importantes? La muerte de un fracasado líder insurrecto judío era algo que sucedía frecuentemente, y los predicadores religiosos no se apreciaban en esa parte del imperio, eran cuestión de curiosidad, pero difícilmente de un verdadero interés para los civilizados romanos.

Hay otro factor que coloca aun más abajo de la lista de prioridades al cristianismo en lo que respecta a «noticias importantes». Este factor tiene que ver con el hecho de que más conflictos fueron registrados en los Evangelios entre Jesús y los fariseos que entre Jesús y cualquier otro tipo de personas. Y, sin embargo, un creciente número de escritores han empezado a descubrir y a revelar que las enseñanzas de Jesús estaban más cercanas en su contenido, al menos, a una de las escuelas de los fariseos que a ningún otro grupo que había en Israel en ese tiempo. Por cierto, algunos fariseos eran miembros del Sanedrín gobernante, pero este cuerpo estaba compuesto primeramente de saduceos en los días de Jesús. Por lo tanto, es razonable concluir que, probablemente, un gran enfrentamiento entre Jesús y los fariseos era un altercado religioso insignificante para cualquier historiador del primer siglo -incluyendo a Josefo.

¿Fue el cristianismo una noticia importante en el primer siglo? Para los cristianos lo fue. Pero para los que estaban dentro del gobierno y para la prensa, no lo fue realmente. Como France observa:

A la luz de la prominencia política que alcanzó el cristianismo en el siglo cuarto, es natural que lo conceptuemos como un movimiento imponente desde el principio. Pero estudios sociológicos indican que el cristianismo del primer siglo fue predominantemente un movimiento de las clases bajas, con muy poca atracción para las clases influyentes. Y el cuidadoso lector de las cartas de Pablo y de los Hechos de los Apóstoles no obtiene la impresión de un movimiento de multitudes, sino más bien de un pequeño grupo algo aislado de cristianos, que se reunían para apoyarse mutuamente en un ambiente hostil. Tales grupos no son la clase de cosas de las que están hechas las noticias principales.

EXPECTATIVAS FALSAS EN LO QUE CONCIERNE A REFERENCIAS A JESÚS

Como pueden ver, nuestra dificultad para entender los sucesos del primer siglo a menudo es el resultado de tener falsas expectativas. Hay varias expectativas falsas que algunos traen consigo cuando empiezan estudiar la historia de Jesús. Aquí hay unas pocas, las cuales corroboran lo que se ha dicho anteriormente y le añaden.

1. *Esperar que las cuestiones del primer siglo sean la misma de tiempos modernos.* La controversia en torno a la historicidad de Jesús ha surgido en los últimos siglos. Durante los primeros siglos que siguieron a la vida de Jesús no hay –ninguna indicación de que su existencia histórica fuese cuestionada. Los debates, generalmente, se enfocaban en cuestiones teológicas que buscaban determinar qué significaba Su vida, y no lo que era ésta.

2. *Esperar que los sistemas de comunicación del primer siglo fueran los mismos que tenemos hoy.* Alvin Toffler, el autor de *Future Shock*, en un libro posterior. *The Third Wave* (La Tercera Ola), habla de tres períodos diferentes en la historia, tres olas de civilización; la era de la agricultura; la era de la industria; y la era presente y futura de la información. Esta tercera ola, esta era de la información, utiliza formas de comunicación que son mucho más detalladas que, por ejemplo, los medios de comunicación disponibles en los días de Jesús. El erudito francés, Henry Daniel Rops agrega:

Nuestra generación es de comunicaciones rápidas, hay un culto a los detalles. A través de la prensa, radio y televisión, estamos acostumbrados a saber lo que pasa en todo el mundo; se nos dice, y a menudo se nos muestra, lo incidental y lo insignificante. ¿Fue así hace dos mil, o aun hace doscientos años? Antes de esta «era de amplia información» aquellos que informaban a sus contemporáneos se limitaban prácticamente a los sucesos que causaran gran consternación.

3. *Esperar que las costumbres del primer siglo fueran las mismas nuestras.* ¿Se ha preguntado alguna vez cómo era la apariencia de Jesús, o si alguien alguna vez dibujó sus rasgos? ¿Por qué no tenemos ninguna representación artística del primer siglo que represente a Jesús? Encontrará la respuesta en Éxodo 20:4 «No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra». Los judíos religiosos de los tiempos de Jesús interpretaron eso como que no debería haber ni retratos ni esculturas. Así que no fue sino hasta el siglo tercero que los cristianos gentiles empezaron a dibujar o a pintar varias concepciones de Jesús. Es dudoso que alguna de ellas sea certera, porque a menudo ellas representaban a Jesús como de su propia cultura, más que como de la cultura judía del primer siglo.

4. *Esperar que otros acontecimientos de la historia fueran confirmados por un caudal de evidencia.* El profesor E. M. Blaiklock observa:

¿A qué se debe la preocupación acerca de un Jesús histórico? No puede ser a un simple celo de los eruditos por la verdad. No se pone a un lado a Julio César, o su infructuoso reconocimiento a través del Canal de la Mancha se relega al nivel de leyenda, por el simple hecho de que él mismo sea nuestro principal informante (en un libro diseñado para asegurar su reputación política) y de que la evidencia que confirma esa campaña consista meramente en un escudo en el río, en el cruce en Chelsea del Támesis, unas cuantas líneas en la voluminosa correspondencia de Cicerón, y sólo un puñado de referencias posteriores.

¿ES LA AUSENCIA DE EVIDENCIA, EVIDENCIA DE AUSENCIA?

Nadie niega que la iglesia cristiana existió en el primer siglo. Los eruditos reconocen que aunque el cristianismo no atrajo mucho la atención de los escritores del primer siglo, aun así sería imposible negar su existencia. Por lo tanto, algunos eruditos son inconsecuentes en sus argumentos al insistir en la falta de historicidad de Jesús. Como France lo muestra:

Aquellos que ponen en duda la historicidad del Jesús de los Evangelios basándose en que hay muy pocas referencias no cristianas a él, debieran, por el mismo argumento, ser más escépticos con respecto a si la iglesia cristiana existía o no en el primer siglo. ¡Pero ni aun George Wells desea negar esto! Como a menudo se ha notado, la ausencia de evidencia no es evidencia de ausencia.

En vista de lo que se ha discutido en este capítulo, considere dos preguntas: (1) ¿Qué clase de referencias a Jesús por no cristianos tendrían que existir para probar su existencia de una manera incontrovertible? (2) ¿Es probable que tales referencias hayan sobrevivido hasta hoy día?

Una referencia a Jesús incontrovertible, tendría que provenir, antes que todo, de un testigo presencial. Pero fuera del testimonio cristiano, no hay literatura histórica que haya sobrevivido, de la que se pueda esperar que haya mención de él desde el punto de vista de un testigo presencial. Así que los historiadores modernos deben buscar evidencias de la vida de Jesús por medio de los mismos métodos que ellos aplicarían a cualquier otro personaje de la antigüedad que haya sido considerado insignificante por las autoridades de su época. Ese método es el de analizar la credibilidad de informes de segunda mano.

En el caso de Jesús, combinando reportes de segunda mano (tanto no cristianos como cristianos) con los relatos de los testigos registrados en los Evangelios, resulta muy obvio que Jesús es comparable, de una manera favorable, con otras personas de la historia cuya existencia no se pone en duda. El profesor de filosofía y de religión de la Universidad Liberty, Gary Habermas, afirma con respecto a Jesús:

Podemos percibir hasta el máximo cuán carentes de bases están las especulaciones que niegan su existencia o las que postulan sólo una cantidad mínima de hechos con respecto a él. Mucha de la historia antigua está basada en muchas menos fuentes, las que son muy posteriores a los hechos que ellas registran.... Aunque algunos crean que

no sabemos casi nada de Jesús por medio de fuentes antiguas que no sean del Nuevo Testamento, éste no es el caso. No solamente hay muchas fuentes, sino que Jesús es uno de los personajes de la historia antigua de los cuales se tiene una cantidad bastante significativa de información de calidad. Su vida es una de las más mencionadas y una de las más comprobadas de los tiempos antiguos.

Blaiklock añade:

Los historiadores estarían contentos de poder tener evidencias auténticas, múltiples y que fueran congruentes acerca de muchas personalidades y acontecimiento de la historia antigua.

¿POR QUE SON NEGATIVAS EN SU TONO MUCHAS DE LAS REFERENCIAS

EXTRABIBLICAS A JESÚS?

La persona que nos escribió también preguntó: «¿Hay relatos de primera mano de la vida de Cristo que sean positivos, pero que no estén en la Biblia?» El hizo un excelente trabajo al responder su propia pregunta de la siguiente forma:

Para ser justo con usted y para mostrarle que tengo una mente abierta para aceptar lo que vea que es la verdad, me gustaría decir lo siguiente: Si yo fuera un judío escéptico de los que vivieron durante el tiempo de Cristo Y viera a Lázaro o viera a Cristo días después de su crucifixión y de su muerte, entonces sería uno de esos que hablarían de tal evidencia a cada persona con la que tuviera contacto. Mucho más, documentaría tal evidencia de primera mano y, probablemente tales documentos irían a parar a las páginas de la Biblia. Lo que quiero decir es que es más probable que la evidencia positiva de primera mano terminaría en una Biblia recopilada por creyentes cristianos, y la evidencia negativa sería creada por no creyentes. Por lo tanto, eso explica la falta de historia que no sea bíblica.

¡Buen punto! Pero antes que veamos la confiabilidad de las referencias bíblicas, consideremos las referencias de Jesús en la literatura que no es bíblica.

REFERENCIAS A JESÚS POR ESCRITORES SECULARES DE LA ANTIGÜEDAD

En el último capítulo hablamos de por qué no es lógico que haya referencias extrabíblicas a Jesús. En este capítulo, nos concentraremos tan sólo en un grupo de referencias extrabíblicas a Jesús; aquellas hechas por escritores seculares de la antigüedad. Estos escritores no fueron necesariamente personas irreligiosos. Utilizamos el término «escritores seculares» para referimos al tipo de literatura que produjeron, y no a sus respectivas creencias religiosas. Sin embargo, todos fueron, o no cristianos, o antagonistas del cristianismo.

TALO Y FLEGONTE

Posiblemente uno de los primeros escritores que menciona a Jesús fue Talo. Sus trabajos de escritos históricos no han sobrevivido hasta la fecha, pero algunos de los primeros padres de la iglesia citan a Talo en varios puntos, preservando así lo poco que sabemos de él. Algunos de los eruditos fechan sus escritos cerca del 52 A.D., otros al final del primer siglo o al principio del segundo. Julio el Africano, quien escribió cerca del 221 A.D. se refiere a la oscuridad en el momento de la crucifixión de Jesús: «Talo, en el tercer libro de sus historias, explica tal oscuridad como un eclipse de sol. Irrazonablemente, me parece a mí». El Africano tenía razón al objetar a Talo. Un eclipse solar no puede suceder cuando hay luna llena, «y fue en el tiempo de la luna llena pascual cuando Cristo murió».

Sin embargo, la observación más importante que se hace acerca de los comentarios de Talo, es que él no trata de refutar la existencia y la crucifixión (con la acompañante oscuridad) de Jesús. Talo presentó la crucifixión, como un hecho histórico definido, aunque la oscuridad que cubrió la tierra cuando ésta sucedió era algo que necesitaba una explicación natural. El Africano también afirmó que Talo coloca este hecho en el decimoquinto año del reino de Tiberio César (probablemente en el 29 AD.) Aunque Lucas 3:1 dice que fue el año en que Juan el Bautista comenzó su ministerio, lo cual coloca la crucifixión aproximadamente tres años o tres años y medio más tarde. Parece, pues, que al buscar una explicación natural para la oscuridad que rodeó a la crucifixión. Talo estaba dispuesto a echar mano de cualquier cosa dentro del período de tiempo general de la crucifixión.

Otro trabajo similar al de Talo, que no ha sobrevivido hasta el día de hoy, son las *Crónicas* de Flegonte. Flegonte escribió cerca del 140 A.D. Un fragmento pequeño de su obra, la cual El Africano dice que confirma la oscuridad sobre la tierra en la crucifixión, aparece después de la afirmación del Africano con respecto a Talo. El Africano dice que Flegonte se refiere al mismo eclipse cuando «él documenta que en el tiempo de Tiberio César cuando había luna llena, hubo un eclipse total de sol de la sexta a la novena hora».

Orígenes, el prolífico erudito cristiano de principios del tercer siglo, también hace mención de Flegonte en *Contra Celso* (Contra Celso). En 2.33, Orígenes escribe:

En lo que respecta al eclipse en el tiempo de Tiberio César, en cuyo reino Jesús parece haber sido crucificado, y el gran terremoto que hubo, también Flegonte, creo yo, ha escrito en su decimotercero o decimocuarto libro de sus Crónicas.

En 2.14 dice:

Resulta que Flegonte, en el decimotercero o decimocuarto libro de sus Crónicas, creo yo, no sólo le atribuyó a Jesús un conocimiento de los acontecimientos futuros (aunque cayó en confusión en algunas de las cosas que se refieren a Pedro, como si se refirieran a Jesús), sino que también testificó que el resultado correspondió a sus predicciones. Así que él también, al admitir acerca de su conocimiento anticipado, como si fuese en contra de su voluntad, expresó su opinión de que las doctrinas enseñadas por los padres de nuestro sistema no estaban desprovistas de un poder divino.

En 2.5 9 dice del terremoto y de la oscuridad:

Respecto a esto hemos hecho nuestra defensa en las páginas precedentes, conforme a nuestra habilidad, citando el testimonio de Flegonte, quien relata que estos eventos sucedieron en el tiempo en que sufrió nuestro Salvador.

Un escritor del siglo sexto, Filofón, afirma: «Y acerca de la oscuridad... Flegonte la menciona en las *Olimpiadas* (el título de su historia)».

Necesitamos ser cuidadosos al utilizar a Flegonte como una «prueba positiva» de las referencias a Jesús. Inexactitudes en sus reportes demuestran que sus fuentes en cuanto a la vida de Cristo son incompletas. Pero Flegonte es una referencia significativa debido a un hecho importante. Al igual que Talo, él no ofrece ninguna indicación de que en este temprano período, el hecho de la existencia de Jesús (y aun detalles relatados tales como la oscuridad y la crucifixión) se pusieran en duda. Se daba por sentado que eran hechos históricos. Era la interpretación de esos hechos lo que se convertía en tema de debate.

JOSEFO

Josefo nació unos pocos años después de la muerte de Jesús. Por su propia declaración sabemos que era consultor de los rabinos de Jerusalén a la edad de trece años. Se volvió un ascético en el desierto a los dieciséis años y obtuvo el mando de una fuerza militar galilea en el 66 A.D. El, aparentemente, vio la escritura a mano sobre las paredes, desertó a los romanos y aseguró su seguridad futura por profetizar que el comandante

invasor, Vespasiano (a quien él, aceptaba como el Mesías de Israel), un día llegaría a ser emperador. Vespasiano llegó a ser emperador, y Flavio Josefo, como se daba a conocer, después de haber añadido al suyo el nombre de su señor, estuvo libre para proseguir su carrera como escritor. El terminó *Las Antigüedades de los Judíos* en el 93 A.D.

Tres Pasajes De Interés Para Los Cristianos

Hay tres pasajes en *Antigüedades* que son de particular interés y el orden de su aparición es importante. El primer pasaje —en orden cronológico— se encuentra en el libro 18, capítulo 3, párrafo 3, comúnmente citado como *Antigüedades* 18.3.3. Los eruditos se refieren a este famoso pasaje como el *Testimonio Flaviano* por causa de su testimonio acerca de Jesús, pero lo discutiremos más tarde.

Pasaje #2. —Juan el Bautista. El siguiente pasaje en la secuencia también se encuentra en el libro 18, pero dos capítulos después, en 18.5.2. Los eruditos están de acuerdo en que este pasaje es tan auténtico como cualquier otro pasaje de Josefo. El tema es Juan el Bautista y el relato confirma de una manera vívida la descripción de él en los registros de los Evangelios como se puede ver a continuación:

(2) Algunos judíos creyeron que el ejército de Herodes había perecido por la ira de Dios, sufriendo el condigno castigo por haber muerto a Juan, llamado el Bautista. Herodes lo hizo matar, a pesar de ser un hombre justo que predicaba la práctica de la virtud, estimulando a vivir con justicia mutua y con piedad hacia Dios, para así poder recibir el bautismo. Era con esta condición que Dios consideraba agradable el bautismo; se servían de él no para hacerse perdonar ciertas faltas, sino para purificar el cuerpo, con tal que previamente el alma hubiera sido purificada por la rectitud. Hombres de todos lados se habían reunido con él, pues se entusiasmaban al oírlo hablar. Sin embargo, Herodes, temeroso de que su gran autoridad indujera a los súbditos a rebelarse, pues el pueblo parecía estar dispuesto a seguir sus consejos, consideró más seguro, antes que surgiera alguna novedad, quitarlo de en medio, de lo contrario quizá tendría que arrepentirse más tarde, si se produjera alguna conjura. Es así como por estas sospechas de Herodes fue encarcelado y enviado a la fortaleza de Maquero [o Maqueronte], de la que hemos hablado antes, y allí fue muerto. Los judíos creían que en venganza de su muerte, fue derrotado el ejército de Herodes, queriendo Dios castigarlo.

La única posible diferencia entre Josefo y los relatos de los Evangelios estriba en que en los Evangelios, Herodes sentencia a Juan a morir, por una petición de Herodías y de su hija, y en su dolor ante tal petición (Mateo 14:6-12 y Marcos 6:21-29). Pero todo se reconcilia a la luz de dos observaciones: (1) Mateo 14:5 y Marcos 6:21 muestran que Herodes había querido matar a Juan antes del banquete: «Y Herodes quería matarle, pero temía al pueblo, porque tenían a Juan por profeta»; y (2) Mateo 14:6 y Marcos 6:21, «Cuando llegó el cumpleaños de Herodes», indica que entre «fue encarcelado y enviado a la fortaleza de Maquero» y «allí fue muerto» como se ve en el relato de Josefo, evidentemente, algún tiempo había transcurrido. Durante este tiempo, Herodes parece haber suavizado su actitud hacia Juan mientras que Herodías continuaba buscando su ejecución.

Ahora note los detalles que están precisamente de acuerdo con el Nuevo Testamento: La justicia, predicción, popularidad con la gente común de Juan; y su bautismo, que anticipa la enseñanza de la salvación en el Nuevo Testamento «por gracia mediante la fe» seguida de un bautismo para recibir el perdón de los pecados. Aunque este pasaje no habla de Jesús, nos da la evidencia de que los escritores de los Evangelios describieron exactamente las vidas que ellos reseñaron. Si fueron precisos acerca de Juan el Bautista, ¿por qué no podrían hacerlo también con respecto a Jesús?

Pasaje # 3 —Santiago y Jesús: El tercer pasaje en la secuencia (20.9.1) aparece dos libros después de la primera referencia a Jesús de Josefo y principalmente se centra en Ananus (Ananías), quien era hijo de un previo sumo sacerdote, Ananus (Ananías). Este Ananus más joven «[quien] recibió el pontificado, era hombre de carácter severo y notable valor». Pertenecía a la secta de los saduceos que comparados con los demás judíos son inflexibles en sus puntos de vista».

Festo acababa de morir, y el que lo reemplazó, Albino, aún no había llegado a Jerusalén. Josefo continúa su relato diciendo que Ananus:

reunió el Sanedrín. Llamó a juicio al hermano de Jesús que se llamó Cristo; su nombre era Jacobo, y con él hizo comparecer a varios otros. Los acusó de ser infractores a la ley y los condenó a ser apedreados.

Louis Feldman, profesor de clásicos en la Universidad de Yeshiva y traductor de la edición Loeb de *Antigüedades*, afirma acerca de la confiabilidad de este pasaje: «*Pocos han dudado de la genuinidad de este pasaje*»

Algunas de las razones para que la mayoría de los eruditos, especialmente aquellos en estudios clásicos, acepten este pasaje como genuino incluyen:

(1) La frase «*hermano de Jesús que se llamó Cristo; su nombre era Jacobo*» no es demasiado comprometedor para haber sido insertada por un cristiano interpolador que hubiese deseado afirmar el mesianismo de Jesús de una manera más definida, así como tampoco es suficiente como para negar los cargos en contra de Jacobo. Para nuestro propósito demuestra la historicidad de Jesús, pero no se cuestionaba hasta años recientes. Para los primeros cristianos, esta frase no probaba nada, y no hubiese sido insertada. Por lo tanto, tenía que ser original de Josefo.

(2) Orígenes se refiere a este pasaje en su *Comentario acerca de Mateo 10.17*, lo que da evidencia de que se hallaba en los libros de Josefo antes de ese tiempo (aproximadamente 200 A.D.).

(3) La palabra Cristo empezó a utilizarse como un nombre propio muy tempranamente entre los cristianos gentiles. Esto aun puede verse en el Nuevo Testamento, pero la frase. «*que se llamó Cristo*», como Paul Winter (no cristiano sino un destacado erudito judío) lo afirma, «*demuestra la conciencia de que "Mesías" no era un nombre propio, y por lo tanto refleja un uso judío más que cristiano*». Josefo sencillamente aquí distingue a este Jesús de los otros trece o más de los cuales él hace mención en sus escritos. Este Jesús, de acuerdo a Josefo, era el que se llamó «*Cristo [esto es, Mesías]*».

G.A. Wells trata de cambiar el pasaje haciendo que se refiera a un simple líder judío llamado Jacobo. El quisiera tachar las palabras «*al hermano de Jesús que se llamó Cristo*». Pero si el pasaje simplemente hubiera dicho «*Jacobo y otros*» fueron arrestados, el lector sería movido a preguntar: «*¿Cuál Jacobo?*» Jacobo era otro nombre muy común, y Josefo casi siempre suplía detalles para ubicar a sus personajes en la historia. Si Josefo hubiera dicho simplemente: «*Jacobo el hermano de Jesús*» el lector preguntaría: «*¿Cuál Jesús?*» Ya que usted ha mencionado al menos otros trece llamados Jesús». «*Jacobo, el hermano de Jesús que se llamó Cristo*» es el lenguaje más preciso, que es consecuente con el resto de los escritos de Josefo, y los eruditos no han encontrado una verdadera razón para dudar de su autenticidad. Por lo tanto, este pasaje es una referencia temprana muy significativa acerca de Jesús.

La mayoría de los eruditos están de acuerdo en otro punto en lo que respecta a las referencias a Jesús y Jacobo hechas por Josefo. Winter lo expresa de la siguiente manera: «*Si ... Josefo se refirió a Jacobo como que era "el hermano de Jesús al que se le llamó el Cristo", sin añadir más, tenemos que dar por sentado que en un pasaje anterior él ya les había hablado a sus lectores acerca del mismo Jesús*».

Aun G.A. Wells dice que *«es improbable que Josefo haya mencionado aquí a Jesús simplemente —como si así fuera— de paso, cuando él no lo menciona en ningún otro lugar»*. Por supuesto, Wells estaba tratando de probar que Jesús no es mencionado en absoluto por Josefo, pero su afirmación demuestra que aun él reconoce que el pasaje referente a Jacobo está incompleto sin el *Testimonium*. Puesto que pocos eruditos dudan de la autenticidad del pasaje referente a Jacobo, entonces hay una buena razón para aceptar la autenticidad del *Testimonium*, al menos de alguna forma. R.T. France añade:

Lo que es importante para nuestro propósito es la manera en que Josefo registra de pasada este título de Jesús, sin comentarios o explicaciones. El término «Christos» no ocurre en ningún otro escrito de Josefo, excepto en el pasaje que vamos a estudiar en breve. Esto en sí mismo es extraordinario, puesto que sabemos que las ideas mesiánicas y el término mismo de «Mesías», fueron utilizados mucho en el judaísmo del primer siglo.

Josefo, escribiendo en favor del pueblo judío, pero a un auditorio romano, probablemente fue muy cauteloso para no dar razones a los romanos de represiones adicionales contra los judíos. Si él hubiera mencionado repetidamente las apariciones de mesías entre el pueblo judío, sólo hubiera llevado a los romanos a creer aun más que los judíos eran un pueblo rebelde que debía ser reprimido constantemente. Pero cuando Josefo se refiere a la persona de Jesús, escribiendo en el 93 A.D. el cristianismo ya estaba tan identificado con los gentiles que indudablemente sintió que Jesús como el «Christos» no constituía amenaza alguna de represalias romanas contra los judíos. En efecto, quizás haya sentido que la persecución romana en contra de los cristianos (por ejemplo la que se llevó a cabo bajo Nerón en el 64 A.D.) resultaba útil para los judíos en su resistencia en contra de los cristianos. Josefo, entonces, sólo dice que Jesús era *«el que se llamó Cristo»* y el lector se queda con la sensación de que éste ha sido presentado por Josefo anteriormente. Lo cual nos trae de regreso al primer pasaje de las tres secuencias mencionadas anteriormente.

Pasaje # 1 —La identidad de Jesús: Antigüedades 18.3.3 nuevamente, conocido como el Testimonium Flavianum lee:

Por aquel tiempo existió un hombre sabio, llamado Jesús, si es lícito llamarlo hombre, porque realizó grandes milagros y fue maestro de aquellos hombres que aceptan con placer la verdad. Atrajo a muchos judíos y muchos gentiles. Era el Cristo. Delatado por los principales de los judíos, Pilato lo condenó a la crucifixión. Aquellos que antes lo habían amado no dejaron de hacerlo, porque se les apareció al tercer día resucitado; los profetas habían anunciado éste y mil otros hechos maravillosos acerca de él. Desde entonces hasta la actualidad existe la agrupación de los cristianos.

Argumentos Que Favorecen La Autenticidad Del Testimonium.

En lo que respecta a la literatura clásica, la evidencia en el manuscrito de que este pasaje genuinamente pertenece a Josefo es muy fuerte, Existe en todos los manuscritos de Josefo (en los que aún existen), y Eusebio, conocido como el «Padre de la Historia de la Iglesia», lo cita en su *Historia de la Iglesia*, escrita cerca del 325 A.D., y nuevamente en sus *Demostraciones de los Evangelios*, escritas un poco antes. El vocabulario y el estilo, según el traductor Louis Feldman, con algunas excepciones, son básicamente consecuentes con otras partes de los escritos de Josefo. France lo explica aun más:

Así que la descripción de Jesús como un «hombre sabio» no es algo típicamente cristiano, pero es utilizada por Josefo para hablar, por ejemplo, de Salomón y de Daniel. Similarmente, los cristianos no se refieren a los milagros de Jesús como «hechos sorprendentes» (paradoxa erga), pero exactamente la misma expresión es utilizada por Josefo para los milagros de Eliseo. Y la descripción de los cristianos como una «tribu» [agrupación] (phylon), no ocurre en ningún lugar de la temprana literatura cristiana, mientras que Josefo utiliza la palabra tanto para la «raza» judía como para los otros grupos nacionales o comunales.

Además, el pasaje pone la culpa de la crucifixión primeramente en Pilato, más bien, que en las autoridades judías. Esto es completamente diferente del pensamiento de los cristianos del segundo y del tercer siglo, que consistía más bien en condenar a los judíos como instigadores de la crucifixión. Como Winter afirma: «*La distinción entre las funciones de los sacerdotes judíos y el gobernador romano relata cierta idea de cómo eran los procedimientos legales en Judea en los tiempos de Jesús*». Winter continúa:

Desde el tiempo de los escritores de los Hechos de los Apóstoles y del cuarto Evangelio en adelante, se estaba afirmando por los predicadores apologistas e historiadores cristianos, que los judíos actuaron no sólo como acusadores de Jesús, sino también como sus jueces y ejecutores. La lista de cargos en contra de ellos en este caso es impresionante. Es difícil de creer que un cristiano falsificador, inclinado como habría estado, a exaltar la posición de Jesús y rebajar la de los judíos, pudiera haber sido el autor de las palabras en cuestión.

Objeciones A La Autenticidad Del Testimonium

Hay algunos argumentos sólidos en contra de la autenticidad del *Testimonium*, al menos como se presenta arriba.

Primero, es muy improbable que Josefo haya escrito acerca de Jesús: «*Este era el Mesías*». No solamente sus patronos romanos hubieran sospechado de él como traidor, sino que él tampoco ha dado en ningún lugar alguna indicación de que fuese cristiano. Además, Orígenes, quien escribió un siglo antes que Eusebio, dice en un par de ocasiones acerca de Josefo que «*él no creía en Jesús como el Cristo*».

Segundo, el *Testimonium*, como se da arriba, contiene otro vocabulario que no se esperaría de Josefo, al que los críticos del pasaje se gozan en catalogar de «*un judío ortodoxo*». Notamos de paso que hay algunas interrogantes acerca de cuán ortodoxo era realmente Josefo. Más bien parece que él había adoptado sin reparos el estilo de vida romano. Aun las frases «*si es lícito llamarlo hombre*», «*de aquellos hombres que aceptan con placer la verdad*», «*uno que realizó grandes milagros*» y «*en el tercer día se les apareció resucitado*», todas ellas requerirían de Josefo que fuera un cristiano listo para sufrir por su testimonio. Además, el atribuirle las profecías del Antiguo Testamento a Jesús indica que estas porciones fueron escritas por un posterior copista cristiano.

Tercero, si el pasaje, de la manera en que lo tenemos hoy día, se encontraba originalmente en Josefo, entonces Justino Mártir, Clemente de Alejandría, Tertuliano u Orígenes lo hubieran citado, porque su valor apologético es tremendo. Como lo afirma Lardner:

Un testimonio tan favorable acerca de Jesús en las palabras de Josefo, quien vivió tan cerca del tiempo de nuestro Salvador, quien estaba tan bien familiarizado con transacciones de su propio país, quien había recibido tantos favores de Vespasiano y de Tito, no podía ser pasado por alto o desestimado por algún apologista cristiano.

Aun cuando este es un argumento del silencio, y aun cuando muchas de las palabras de Orígenes y de otros se han perdido en la antigüedad y pudieron apropiadamente contener el *Testimonium*, todavía el argumento permanece sano porque hay muchos pasajes de cada uno de los autores mencionados, así como de otros, en donde este pasaje hubiera sido de gran valor para probar su punto de vista.

Finalmente, algunos argumentan que el pasaje interrumpe el flujo normal de la narrativa de Josefo de tal manera que *«si el pasaje es suprimido los argumentos siguen corriendo en una debida secuencia»*.

PLINIO EL JOVEN

Plinio el Joven (Plinius Secundus) fue el sobrino e hijo adoptivo de Plinio el Viejo, el conocido historiador que murió en la erupción del monte Vesubio. Bruce dice acerca de él: *«Plinio es uno de los más grandes epistológrafos del mundo, cuyas cartas, a diferencia de las notas efímeras que la mayoría de nosotros escribimos, sólo para la lectura del recipiente, fueron escritas con vistas a un público más amplio y han alcanzado la calidad de clásicos de la literatura»*.

Diez volúmenes de la correspondencia de Plinio han sobrevivido hasta el presente. En el décimo volumen hay una carta de Plinio al emperador Trajano con respecto a los cristianos de su provincia. Fue escrita cerca del 112 A.D. mientras Plinio servía como gobernador de Bitinia en Asia menor. Citamos con alguna extensión a Plinio debido a que sus cartas dan una excelente información acerca del cristianismo primitivo desde un punto de vista no cristiano. El escribe:

Señor, es una regla, la cual observo invariablemente, de referirme a usted en todas mis dudas; porque ¿quién es más capaz de guiarme en mi incertidumbre o de darme información en medio de mi ignorancia? Al no haber estado presente en ninguno de los juicios contra los cristianos, no estoy familiarizado con los métodos y límites que se tienen que observar, ya sea al interrogarlos o en castigarlos, si se tiene que hacer alguna diferencia por la edad, o no se debe hacer distinción entre jóvenes y adultos, si es que el arrepentimiento permite un perdón o si un hombre una vez que se convierte en cristiano de nada le sirve retractarse; si es que la mera profesión del cristianismo, aunque bien sin haber cometido crímenes, o sólo los cargos asociados con ésta son castigables. En todos estos puntos estoy completamente perplejo.

Por el momento, el método que he observado hacia aquellos que han sido denunciados ante mí como cristianos es éste: Los interrogué para ver si eran o no cristianos; si lo confesaban, repetía la pregunta dos veces, añadiendo la amenaza de la pena capital; si aún perseveraban, ordenaba que fueran ejecutados. Porque cualquiera que fuera la naturaleza de sus creencias, yo podía al menos no sentir alguna duda de que su

determinada contumacia y su obstinación inflexible merecían un castigo. Había otros que estaban poseídos del mismo capricho, pero siendo ciudadanos de Roma, hacía que fuesen llevados a Roma para ser juzgados.

Las acusaciones se esparcían (como generalmente sucede) desde la investigación de los hechos, y varias formas de perjuicios salieron a la luz. Un letrado fue colocado, sin ninguna firma, en el que se acusaba a un gran número de personas por su nombre. Aquellos que negaban que lo eran, o que habían sido cristianos, y que repetían frente a mí una invocación a los dioses, y ofrecían una adoración formal con libación e incienso, ante tu estatua, la cual yo había ordenado que fuese traída al tribunal para tal propósito, junto con las de los dioses, y quienes finalmente maldecían a Cristo —se dice que ninguno de los que realmente son cristianos pueden ser forzados a realizar esos actos— a éstos yo consideré adecuado liberarlos. Otros que fueron nombrados por el informador anónimo al principio se confesaron cristianos, y después, lo negaron; la verdad, decían ellos, es que habían sido de esa persuasión, pero la habían renunciado, algunos por tres años, otros por muchos años, y algunos de ellos desde hacía veinticinco años. Todos ellos adoraron tu estatua y las imágenes de los dioses, y maldijeron a Cristo.

Sin embargo, afirmaron que toda su culpa o su error, era el tener el hábito de reunirse en cierto día, antes de que hubiera luz, cuando ellos cantaban en versos alternados un himno a Cristo, como si fuera un dios, y se comprometían por un solemne juramento, a no hacer nada malo, a no cometer nunca ningún fraude, robo o adulterio, a nunca faltar a su palabra, nunca negar una promesa cuando se les pidiera que la llevaran a cabo; después de lo cual acostumbraban separarse, y se volvían a reunir para compartir los alimentos —pero comida de tipo sencillo—. Sin embargo, habían abandonado aun esta práctica después de la publicación de mi edicto, por medio del cual, de acuerdo con las órdenes de usted, había prohibido las asociaciones políticas. Por lo tanto, juzgué más necesario extraer la verdad, con la ayuda de la tortura, de dos mujeres esclavas quienes eran diaconisas; pero no pude descubrir más que una depravada y excesiva superstición.

Por lo tanto, decidí suspender los procedimientos y me entregué al momento a solicitar el consejo de usted. Pues la cuestión me parecía de valor como para referírsela —especialmente considerando el número de los que estaban en peligro—. Personas de todas las edades y de todos los rangos y de ambos sexos están y serán involucradas en el proceso. Porque esta superstición contagiosa no está confinada exclusivamente a las ciudades, sino que se ha esparcido por las aldeas y por los distritos rurales. Sin embargo, parece que es posible controlarla y curarla. Es cierto, por lo menos, que los templos, que habían sido casi abandonados, ahora empiezan a ser frecuentados; y los festivales sagrados, después de una larga interrupción, han sido revividos; mientras que hay una demanda general por la carne de los sacrificios, que durante algún tiempo había tenido pocos compradores. De donde es fácil imaginarse las multitudes que

podrían rescatarse de este error, si se dejara una puerta abierta para el arrepentimiento.

En su repuesta, el emperador Trajano, está de acuerdo en que ser cristiano era un crimen digno de ser castigado:

Mi estimado Secundus: has actuado con una corrección perfecta al decidir los casos de aquellos que han sido acusados ante ti de ser cristianos. Verdaderamente, no se puede hacer una decisión general con una forma establecida para tratar con ellos. NO se debe tratar de descubrirlos; si se les ha acusado y hallado culpables, deben ser castigados, aceptándose que cualquiera que niegue que es cristiano y ofrezca pruebas prácticas de ello, invocando a nuestros dioses, debe ser perdonado de acuerdo a la fuerza de su repudio, no importa cuáles sean las bases para las sospechas que hayan existido en contra de él en el pasado. Documentos anónimos que sean puestos delante de ti no deben recibir atención en ningún momento; estos forman un mal precedente y son muy indignos del tiempo en que vivimos.

Estas dos cartas confirman un buen número de detalles del cristianismo primitivo los que se encuentran o son implícitos en el Nuevo Testamento. Por ejemplo: (1) Los cristianos que eran ciudadanos de Roma eran enviados allá para su juicio, como en el caso de Pablo; (2) algunos se retractaron de ser cristianos, como Jesús lo había predicho en la parábola del sembrador; (3) ellos sostenían que Cristo era Dios; (4) ellos poseían un carácter moral ejemplar; (5) un gran número de personas eran añadidas a la iglesia; (6) el esparcimiento del cristianismo tuvo repercusiones financieras para aquellos cuyos oficios estaban relacionados con diferentes templos paganos y religiosos (por ejemplo, los plateros de Hechos 19).

G.A. Wells, sin embargo, sostenía que «*el testimonio de Plinio no demuestra la existencia de Jesús... Nadie duda de que por el año 112 cristianos adoraban a Cristo y que la declaración de Plinio reproduce las creencias cristianas*». Pero Wells pasa por alto que las declaraciones de Plinio y Trajano dan testimonio del hecho de que durante los primeros ochenta años del cristianismo un considerable número de hombres y mujeres estaban tan plenamente convencidos de la historia de la vida, muerte y resurrección históricas de Jesús que proclamaban sus convicciones aun en el mismo momento de su ejecución.

CORNELIO TÁCITO

Los historiadores modernos se han acostumbrado a atar cabos y sacar conclusiones de los relatos de los tiempos y de los lugares antiguos a pesar de que aquellos que escribieron acerca de éstos utilizaron fuentes de información muy deficientes, no fueron cuidadosos en interpretar o analizar el material, y distorsionaron los hechos de sus reportes debido a parcialidad preconcebida. Por esta razón, Tácito es, *«universalmente considerado como el historiador más confiable, un hombre en quien la sensibilidad e imaginación, aunque era vívida, nunca podrían alterar un sentido crítico raro en su tiempo y una gran honestidad en el examen de los documentos»*.

Tácito, nació entre 52-55 A. D., llegó a ser senador durante el reinado de Vespasiano, posteriormente desempeñó el oficio de cónsul, y en los años 112-113 fue procónsul o gobernador de Asia. El era un orador respetado y amigo íntimo de Plinio el Joven, quien era gobernador de la provincia vecina de Bitinia, justamente antes que Tácito llegara a ser gobernador de Asia.

Escribiendo en sus Anales, cerca del 116 A. D., Tácito describe la respuesta del emperador Nerón al gran fuego que barrió a Roma en el 64 A. D. Un rumor persistente circulaba que Nerón mismo estaba detrás de todo, y por lo tanto, tenía que actuar para desvanecer el cuento. Tácito habla de la acción de Nerón para cortar los rumores:

Hasta ahora las precauciones tomadas fueron sugeridas por la prudencia humana; ahora se han buscado medios para apaciguar a la deidad y se ha apelado a los libros sibilinos, los que proponen que se ofrezcan oraciones a Vulcano, Ceres, Proserpino, mientras que Juno fue apaciguada por las matronas, primeramente en el Capitolio, después en el punto más cercano a las playas, de donde se sacó agua para rociar el templo y la imagen de la diosa. Banquetes rituales y vigilias que duraron toda la noche fueron celebradas por mujeres casadas. Pero ni ayuda humana ni generosidad imperial, ni todas las maneras para aplacar al cielo, podrían apagar el escándalo o disipar la creencia de que el incendio había empezado por una orden. Por lo tanto, Nerón substituyó a los verdaderos culpables y para suprimir el rumor, castigó con los máximos refinamientos de la crueldad, a una clase de hombres aborrecidos por sus vicios, a quienes la muchedumbre llamaba cristianos. Cristo, el fundador del nombre, había pasado por la pena de muerte en el reino de Tiberio, por sentencia del procurador Poncio Pilato, y la perniciosa superstición fue detenida por el momento, sólo para volver a brotar una vez más, no solamente en Judea, la cuna de la enfermedad, sino también en la capital misma, donde todas las cosas horribles o vergonzosas del mundo se reúnen y convierten en una moda. Entonces, primeramente los miembros declarados de la secta fueron arrestados, después, por sus divulgaciones, un vasto número fueron culpados, no tanto por causa de los incendios sino por odio a la raza humana. Y la mofa acompañaba a su fin: fueron cubiertos con pieles de bestias

salvajes y despedazados hasta la muerte por los perros; o amarrados a cruces, y, cuando se acababa la luz del día eran quemados para servir como lámparas de noche. Nerón había ofrecido su jardín para el espectáculo, y dio una exhibición en su circo, mezclado con la muchedumbre con el hábito de un auriga, o montado en su carruaje. Por lo que, a pesar de la culpa que había ganado el castigo más ejemplar, se levantó un sentimiento de compasión, debido a la impresión de que estaban siendo sacrificados, no por el bienestar del estado sino a la ferocidad de un solo hombre.

Aquí nuevamente, tenemos un testimonio explícito no cristiano del origen y de la difusión del cristianismo. Aun más importante, este reporte de Tácito provee una evidencia histórica firme de que los cristianos en Roma, tan sólo treinta años después de la muerte de Cristo, eran asesinados por sus convicciones de que Jesús vivió, murió y resucitó por ellos.

Pocos escritores han tratado de atacar la autenticidad de este pasaje, pero sus argumentos generalmente han caído en oídos que no comparten sus opiniones. Consulté a las mismas autoridades en los clásicos que tratan con esta cuestión (por ejemplo, los clasicistas de Oxford y al notable especialista en los escritos de Tácito, Henry Furneaux), y la conclusión es que la evidencia es muy sólida de que este pasaje proviene de la mano de Tácito. Casi todos (incluyendo a Wells) admiten que el estilo es claramente «latino de Tácito». Además, puesto que el pasaje no habla bien de los cristianos, no hay motivo probable de que nadie más que Tácito lo haya escrito.

Wells trata de atacar el pasaje desde un ángulo diferente, él alega que la afirmación de Tácito acerca de Jesús no tiene valor histórico, puesto que probablemente él sólo está repitiendo información que obtuvo de los cristianos mismos. Puesto que la vida de Jesús, según Wells, fue sólo una leyenda, los cristianos reportaron a Tácito como hecho histórico lo que sólo fue leyenda.

Wells ofrece tres argumentos a modo de evidencia.

Primero, él dice que Tácito «le da a Pilato el título de "procurador", el cual estuvo en uso sólo desde la segunda mitad del primer siglo». Pero si esta información provino de los cristianos, ¿por qué Tácito, en Anales 4,5., llama a Lucilo Cápito «procurador» cuando él también estuvo en el cargo antes del cambio de nombre? El también llama al emperador «imperitante», que Tácito, siendo senador, hubiera sabido que no era el título apropiado de los emperadores anteriores. Tácito estaba meramente utilizando términos que eran familiares en su día para hacer claro a los lectores de su época las posiciones que tenían los diferentes individuos en el gobierno.

Segundo, Wells dice que si Tácito obtuvo su información de los registros oficiales, él hubiera llamado a Jesús por su nombre, y no por el título de «Cristo». Pero si Tácito hubiera dicho «Jesús», habría necesitado dar información adicional para explicar cómo Jesús se relacionaba con los cristianos. Furneaux afirma que «Christus», como un nombre, sería el apropiado para utilizarse aquí, como explicación de "christianus". En efecto, si Tácito hubiera recibido la información de parte de los cristianos, sería más probable que utilizara el nombre de «Jesús» o posiblemente «Cristo Jesús» como una referencia más íntima. Tácito puede que haya sido más motivado a utilizar «Christus» si era de conocimiento común que los judíos tenían «*oráculos antiguos de que un Mesías conquistador se levantaría*». El uso del término «Christus» sería más propio para promover disgusto público en contra de los cristianos.

Tercero, Wells afirma que Tácito «*seguramente estaba gustoso de aceptar de los cristianos el concepto de ellos de que el cristianismo era de un origen reciente, puesto que las autoridades romanas estaban dispuestas a tolerar sólo los cultos antiguos*». Wells está tratando de argumentar que Tácito sólo aceptó de los cristianos que Cristo murió bajo Poncio Pilato durante el reinado de Tiberio. Pero hay muchas razones para creer que Tácito tenía otra información aparte de lo que él escuchó de los cristianos.

Primero. El hace su afirmación acerca de la muerte de Cristo como un hecho histórico, y no como que alguien dijo que era verdad.

Segundo. Como se mencionó en el capítulo anterior, tanto Justino como Tertuliano desafiaron a sus lectores a que fueran ellos mismos y leyeran los documentos oficiales seculares que substanciaban ciertos detalles de la vida de Jesús.

Tercero. Siendo un senador romano, Tácito ciertamente debió haber tenido acceso a los mejores registros disponibles en el Imperio Romano durante ese tiempo.

Cuarto. En Anales 4.10, donde Tácito refuta un rumor en particular, dice que él tiene información de «*las autoridades más numerosas y dignas de confianza*». En 4.57 dice: «*He seguido a la mayoría de los historiadores*».

Quinto. Tácito es cuidadoso de registrar conflictos en sus fuentes. En 15.38 habla de versiones conflictivas en lo que respecta a la fuente del gran incendio de Roma.

Sexto. Tácito no cita sus fuentes sin criticarlas. En *Anales* 4.57 cuestiona la mayoría de los reportes de las autoridades. En 15.53 él considera la afirmación de Plinio como absurda, y en 13.20 nota la influencia de Fabio Rústico. B. Walker comenta que Tácito «*era un persistente escéptico hacia el rumor popular, aun cuando el rumor coincidiera con sus propios prejuicios*» y cita *Anales* 2.68 como un ejemplo.

Séptimo. Tácito protege su opinión cuando otros no lo hacen.

Octavo. Tácito hace una distinción entre hechos y rumores, utilizando expresiones tales como, «*Algunos lo han puesto en los registros*»; o «*Como dice el relato general*». El también utiliza términos como «*Se dice*» y «*Dicen*» cuando él no quiere ser responsable por la confiabilidad de una afirmación. Maurice Goguel, antiguo profesor de teología de la Universidad de París, nota que la ausencia de palabras tales como «*se dice*» en los *Anales* 15.44 (un pasaje acerca de Cristo) debería hacernos creer que la fuente de Tácito fue un documento. El afirma: «*Un hecho es seguro, que Tácito sabía de algún documento, que no era ni judío ni cristiano, que conectaba al cristianismo con el Cristo crucificado por Poncio Pilato*».

Finalmente, aun si Tácito no hubiera hecho una afirmación independiente de la persona de Cristo, todavía registraría el hecho de que hombres y mujeres que vivieron treinta años después que Jesús fue crucificado, estaban dispuestos a morir por sus creencias de que Jesús había vivido hacía sólo treinta años antes. Algunos de ellos, Pedro por ejemplo, había escuchado, visto, hablado y caminado con El. Y como J.N.D. Anderson, el antiguo profesor de leyes orientales en la Universidad de Londres, ha señalado:

Es tener poca imaginación sugerir que cuando él añade que «la perniciosa superstición fue detenida por el momento sólo para volver a brotar una vez más», está dando un testimonio indirecto e inconsciente de la convicción de la iglesia primitiva de que el Cristo que había sido crucificado había resucitado de la muerte.

ADRIANO

En el reinado de Adriano (117-38 A.D.), Serenio Graniano, procurador de Asia, escribió al emperador pidiendo su consejo para manejar las acusaciones en contra de los

cristianos. Probablemente estaba experimentando los mismos problemas que Plinio había mencionado. Los cristianos, por el celo de su nueva relación con el Jesús resucitado, estaban llevando a otros a Cristo y alejándolos de las prácticas de los cultos paganos. Esto dañó a ciertos hombres que tenían algún oficio, como el de platero, justo en donde más dolía —en los bolsillos—. Como resultado, los cristianos a menudo se encontraban ante los tribunales por ninguna otra razón que la de seguir a un Dios no aprobado por el estado. Adriano le escribió a Minucio Fundano, el sucesor de Graniano. Su carta, preservada por Eusebio, es una evidencia indirecta que confirma las mismas cosas que Plinio había registrado:

No deseo, pues, que esta cuestión sea pasada sin examinarse, para que estos hombres no vayan a ser molestados, y ni se les dé la Oportunidad a los informantes para procedimientos maliciosos, Por lo tanto, si los provincianos pueden claramente probar sus acusaciones en contra de los cristianos, como para responder ante un tribunal, déjenlos seguir solamente este curso, pero no por meras peticiones o por meras protestas en contra de los cristianos. Porque es más adecuado que si alguien tiene una acusación, que ustedes la examinen.

SUETONIO

Aproximadamente en el 50 A.D. el apóstol Pablo llegó a Corinto. Hechos 18:2 registra que encontró «a un judío llamado Aquila, natural del Ponto, recién venido de Italia con Priscila su mujer, por cuanto Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma». Por la aparente madurez espiritual de Aquila y de Priscila, la que se puede observar en Hechos 18:26, parece que habían sido cristianos desde que estaban en Roma antes del 49 A.D. Esta fue la fecha en que Claudio expulsó a todos los judíos de Roma.

Suetonio, otro historiador romano y analista de la Casa Imperial, escribió aproximadamente en el 120 A.D.: «Ya que los judíos hacían continuos disturbios, por la instigación de Chrestus, él los expulsó de Roma».

¿Quién es «Chrestus»? Ha habido algunos debates sobre esta pregunta, puesto que Chrestus parece haber sido un nombre bastante común, especialmente entre los esclavos. Pero hay varias señales que indican que Chrestus era probablemente un error al escribir «Cristo» (griego, Christós)

Primero, Chrestus es un nombre griego, claro que muchos judíos tenían nombres griegos, ya sea de nacimiento o porque los tomaron después (por ejemplo los discípulos galileos de Jesús, Andrés y Felipe, y los siete «servidores» señalados en Hechos 6:5, de los cuales sólo se dice de uno de ellos que era un prosélito), pero de otra forma Chrestus no es conocido como un nombre judío.

Y en segundo lugar, Chrestus sonaría como Christus, el cual tiene el significado de «ungido» y no sería familiar en el mundo gentil, por lo cual, la sustitución por el familiar nombre griego de Chrestus, habría sido fácil de hacer. Tertuliano señala que los oponentes al cristianismo, por pronunciar mal el nombre y decir «chrestianus» ¡de hecho testificaron de su dulzura y de su gentileza!

Otra señal sale a relucir en lo que resta de Hechos 18, donde Aquila y Priscila se involucran en la misión de Pablo de «testificar a los judíos que Jesús era el Cristo». Muchos de los judíos reaccionaron de una manera amarga, y si el libro de los Hechos es típico de ese tiempo, es probable que Aquila y Priscila estuvieran involucrados en una controversia similar en Roma en el 49 A.D. Los judíos cristianos que testifican a los otros judíos probablemente dieron lugar a las hostilidades que guiaron a la expulsión de todos los judíos de Roma. Al que llevaba el registro del informe policiaco se le debió haber dicho que la violencia era por la instigación de «Christus». Pero, puesto que él nunca había escuchado del nombre de «Christus», escribió «Chrestus» el nombre común que le era familiar. Setenta años más tarde, cuando Suetonio consultó el registro, él fielmente copió lo que encontró. Entonces este registro y el reporte del mismo hecho por Suetonio, casi ciertamente verifican que entre dieciséis y veinte años después de la muerte de Jesús, judíos cristianos de Judea les estaban hablando a los otros judíos en Roma acerca de Su vida, muerte y resurrección.

Suetonio también confirma el reporte de Tácito en lo que respecta al gran incendio de Roma. En su obra *Vida de Nerón*, Suetonio reporta que después del incendio «se infligió castigo a los cristianos, un grupo de personas adictas a una novedosa y dañosa superstición». Una vez más una fuente secular no cristiana verifica que hubo hombres y mujeres en Roma sólo treinta años después de la muerte de Cristo, que estaban siendo asesinados por su convicción de que Jesús vivió, murió y resucitó de entre los muertos.

LUCIANO DE SAMOSATA

Escribiendo cerca del 170 A.D. el sátiro griego, Luciano, escribió de los primeros cristianos y del «legislador». La naturaleza hostil de su testimonio lo hace de más valor:

Usted sabe que los cristianos adoran a un hombre hasta este día —el distinguido personaje que introdujo sus novedosos ritos y fue crucificado por ello.... Vea usted, estas criaturas extraviadas empiezan con la convicción general de que son inmortales, lo cual explica el desprecio de la muerte y la devoción voluntaria que es muy común entre ellos; y entonces fue impreso en ellos por su original legislador que todos ellos son hermanos, desde el momento en que se convierten y niegan a los dioses de Grecia, y adoran al sabio crucificado, y viven conforme a sus leyes. Todo esto lo toman por fe, con el resultado de que ellos desprecian todos los bienes mundanos catalogándolos como propiedad común.

Luciano menciona también varias veces a los cristianos en su obra *Alejandro el falso profeta*, secciones 25 y 29.

MARA BAR-SERAPION

Después del 70 A.D. un sirio, probablemente un filósofo estoico, le escribió a su hijo desde la cárcel. En un esfuerzo para animar a su hijo a que buscara la sabiduría, él reflexionó:

¿Qué ganaron los de Atenas con matar a Sócrates? Hambre y plagas vinieron sobre ellos como juicio por su crimen. ¿Qué ganaron los hombres de Samos por quemar a Pitágoras? En un momento su tierra fue cubierta de arena. ¿Qué ganaron los judíos por ejecutar a su rey sabio? Fue después de eso que su reino fue abolido. Dios vengó justamente a estos tres hombres. Los atenienses murieron de hambre, los de Samos fueron tragados por el mar; los judíos, arruinados y echados de su tierra, viven en completa dispersión. Pero Sócrates no murió definitivamente, él vivió en las enseñanzas de Platón. Pitágoras no murió definitivamente, él vivió en la estatua de Hera. Ni el rey sabio murió para siempre, él siguió viviendo en las enseñanzas que había dado.

El valor que dan las afirmaciones de esta carta a los hechos históricos es aminorado por el hecho de que Mara Bar-Serapion pudo haber obtenido su información de las tradiciones cristianas (lo cual no significa necesariamente que no sea cierto) y por el hecho de que su información acerca de Atenas y Samos no es exacta. Pero su carta podía ser tan remota como del primer siglo y el escritor no es cristiano puesto que se refiere, en otro lugar, a «*nuestros dioses*» y pone a Jesús en el mismo nivel de Sócrates y de Pitágoras. Además, pone a Jesús a vivir en sus enseñanzas y no en su resurrección.

Parece haber sido influenciado por los cristianos gentiles, puesto que culpa a «*los judíos*» por «*ejecutar al rey sabio*». Pero, entonces, aun el judío Juan, el discípulo de Jesús, repetidas veces utiliza «*los judíos*», para referirse a grupos judíos en particular o a los líderes, la mayoría de los cuales se oponían a Jesús, pero algunos se maravillaban de Jesús, y otros eran indiferentes.

No vamos a llevar nuestro sondeo de las referencias no cristianas más acá del 200 A.D. En el capítulo previo vimos cuán improbable es que algún escritor no cristiano se hubiera referido a Jesús o a sus seguidores. La evidencia de este capítulo indica que el mensaje de la vida, muerte y resurrección de Jesús debió de haber empezado a esparcirse a través del Imperio Romano inmediatamente después de la muerte de Jesús, porque los escritores no cristianos estaban reportando sus efectos dentro de los años dieciséis al treinta, después de ocurrida.

REFERENCIAS DE LOS RABINOS

Rabínica es el estudio de los comentarios de las Escrituras del Antiguo Testamento hechos por los rabinos judíos. Incluye comentarios acerca de comentarios de las Escrituras. Al comentar varios rabinos acerca de las Escrituras, o acerca de los comentarios de otros rabinos, ocasionalmente hicieron referencias a acontecimientos de su propia época. Uno de los individuos a quienes los rabinos se refirieron es Jesús. Este capítulo documenta referencias a Jesús que aparecen en los escritos rabínicos, tanto las históricamente confiables como las que no lo son.

El campo de la rabínica puede ser fascinante para los estudiantes que lo exploran, tanto al estudiar el Antiguo Testamento como el Nuevo. Sin embargo, no es de fácil estudio. R.T. France advierte:

La búsqueda de información en la literatura rabínica de cualquier tema es un trabajo que desanima. Lo voluminoso de esta literatura, su complejidad desconcertante, y (para nosotros) la falta de estructura lógica, su complicada historia oral y literaria, y la consecuente incertidumbre acerca de las fechas de las tradiciones que conserva; todo esto, lo hace poco atractivo para la mayoría de los lectores que no son judíos. Añádale a esto el hecho de que la historia como tal no es de su interés, así que las porciones de información «histórica» ocurren sólo como ilustración de los argumentos profundos, legales y teológicos, a menudo sin suficientes detalles para que se sepa a qué situación histórica corresponde, lo que hace que el trabajo parezca inútil. En el caso de la evidencia en cuanto a Jesús tenemos un factor que complica más las cosas y es que El era para los rabinos, un maestro herético y un brujo, cuyo nombre difícilmente podía ser usado sin difamación, con el resultado de que muchos eruditos creen que los rabinos se refieren a El con un seudónimo (por ejemplo: Ben Stada o Balaam) o por expresiones vagas como «el tal».

ESCRITOS DE LOS RABINOS

Para poder entender exactamente las implicaciones de las referencias rabínicas a Jesús, es importante tener primeramente, una percepción de las diferentes divisiones de la literatura producida por los rabinos. Conforme vayamos a través del siguiente material, puede que usted desee referirse a este esquema, el cual puede ayudarle a tener una idea de todo el asunto.

Desde los tiempos de Esdras, a raíz de la reconstrucción de los muros de Jerusalén, varios sacerdotes, escribas y rabinos empezaron a comentar sobre el significado de los pasajes de las Escrituras. En Nehemías 8:7-8 se nombra a varios individuos que, junto con los levitas y bajo la dirección de Esdras, «*hacían entender al pueblo la ley*» y «*leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura*». Generación tras generación, estas enseñanzas eran memorizadas y pasadas palabra por palabra en una ininterrumpida tradición oral. Y con cada generación siguiente, las interpretaciones de sus propios rabinos eran añadidas a la siempre creciente tradición.

En los días de Jesús, los mandamientos y las prohibiciones se habían vuelto increíblemente vastos, especialmente cuando se considera que todavía las mismas estaban siendo comunicadas, no por escrito, ¡sino de memoria! Esta era la «*tradición de*

los ancianos» a la cual se refiere el Nuevo Testamento. A estas interpretaciones de la ley les atribuían tanta autoridad como a la ley misma y movieron a Jesús a decir: «*Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición*». Memorizar todas las interpretaciones rabínicas de la ley debió de haber sido un trabajo que consumía tanto tiempo de los estudiantes de la misma, que les quedaba muy poco tiempo para practicarla. Quizás ésta haya sido una de las razones por las cuales Jesús desafió a los escribas diciéndoles: «*Cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, pero vosotros ni aun con un dedo las tocáis*». En armonía con el sentimiento de Jesús, la práctica original de Esdras había sido preparar «*su corazón para inquirir la ley de Jehová y para cumplirla, y para enseñar en Israel sus estatutos y decretos*».

Cuando Jerusalén y el templo cayeron en el 70 A.D., los fariseos de la escuela de Hillel temieron que Israel perdiera sus tradiciones y su unidad. Con el permiso de los romanos, ellos establecieron sus oficinas centrales en Jamnia, casi directamente al oeste de Jerusalén, cerca de la costa mediterránea. Allí reformaron el Sanedrín, y Yohanan ben Zakkai se convirtió en su nuevo presidente. Su trabajo principal fue poner su tradición oral en forma escrita. El rabí Akiva tuvo éxito en arreglarla por temas, pero fue torturado hasta la muerte después que la rebelión de su «Mesías», Bercoquebas, fue aplastada por los romanos en el 135 A.D. Un alumno de Akiva, el rabí Meir, revisó y continuó su trabajo. Finalmente, alrededor del 200 A.D. el rabí Judá el Patriarca, terminó la recopilación de lo que conocemos hoy día como la *Misná*.

Literalmente, *Misná* significa «enseñanza» o «repetición». El material en ésta está dividido en seis *sedarim*, cada *seder* abarca la enseñanza de un tema en particular. Los seis temas principales son: agricultura, festivales, mujeres, daños, cosas sagradas y limpieza. Cada *sedarim* se divide en secciones más pequeñas llamadas *tratados*. Cada *tratado* se divide en capítulos que contienen «secciones», y cada sección no es mucho más larga que un versículo de la Biblia.

Paralelo a la *Misná* está la *Midrás*. Su nombre proviene del verbo *darash* que significa «*buscar, explorar o interpretar*». La *Midrás* es más bien un comentario fluido de las Escrituras, en tanto que la *Misná* puede que enseñe ciertas interpretaciones independientemente de su base escritural. Hay dos clases de *Midrás*: los *Halakoth*, que son más legislativos y la *Haggada*, que tiene un enfoque más inspirado. Estos mismos términos se utilizan a menudo para describir el tipo de materiales que se hallan en la *Misná*, casi todos los cuales serán llamados *halakic*.

Otra clase de material, integrado por comentarios del período tanaítico no seleccionado para la *Misná*, es llamado *Tosefta*, que significa «*adición*» o «*suplemento*». Estas enseñanzas amplían la *Misná* o dan versiones paralelas de dichos presentes en la misma.

El período del 70 al 200 A.D. es designado como el período tanaítico. El nombre viene de Tanna' im, o «repetidores» del material codificado en la *Misná* y la Tosefta. Durante el período tanaítico se produjeron más tradiciones, las cuales estaban fuera de la *Misná* o eran ajenas a la misma. Estas tradiciones eran conocidas como *Baraitoth* (*Baraita*, en singular) y fueron preservadas en los *Gemaras* (comentarios acerca de la *Misná*) del período amoraico.

El período amoraico se extiende del siglo tercero al sexto D.C. Los maestros de este período, llamados *ammoraim*, produjeron comentarios acerca de la *Misná* conocidos como *Gemaras*. El nombre viene del hebreo *Gemar* que significa «terminar». Hubo dos escuelas de *ammoraim* durante este período; una en Babilonia, y otra en Palestina. Cerca de 350-425 A.D., la escuela palestina compiló su propia *Misná* (período tanaítico) y *Gemaras* (período amoraico) en el Talmud palestino o de Jerusalén. La otra escuela existente, en Babilonia, permitió que su comentario sobre la *Misná* continuara ampliándose hasta cerca del 500 A.D. En esa época, sus propios *Misná* y *Gemaras* fueron compilados para formar el Talmud babilónico, una colección más grande que el Talmud palestino. El significado de Talmud es «enseñanza».

Del vasto cuerpo de comentarios rabínicos, tanto los eruditos cristianos como los judíos concuerdan en que hay varios pasajes que sin ambigüedades se refieren a Jesús. Este hecho es excepcional en vista de varios factores importantes.

Primero, sólo existe un pequeño número de copias manuscritas de los *Talmudes* antiguos. La iglesia debe hacerse responsable por esta situación. En su persecución de los judíos, a menudo confiscó manuscritos judíos y los destruyó quemándolos.

Segundo, a la luz de las persecuciones, la comunidad judía se impuso una autocensura para remover las referencias acerca de Jesús de sus escritos para no ser más blanco de ataques. Morris Goldstein, antiguo profesor de literatura del Antiguo y del Nuevo Testamentos en la Escuela de Religión del Pacífico, relata:

Así que, en 1631 la Asamblea Judía de Ancianos de Polonia declaró: «*Nos unimos a ustedes, bajo la amenaza de gran condena, a no publicar en nuevas ediciones de la Misná o de los Gemaras, alguna cosa que se refiera a Jesús de Nazaret... Si ustedes no ponen la debida atención a esta carta, sino que en contra de la misma continúan publicando nuestros libros de la misma manera que hasta aquí se ha hecho, pueden traer sobre nosotros y sobre ustedes mismos sufrimientos aun mayores que en los tiempos pasados*».

Al principio, porciones borradas de palabras en los Talmudes impresos, fueron indicadas por pequeños círculos o por espacios en blanco, pero con el tiempo éstos también fueron prohibidos por los censores.

Como resultado de la doble censura, por regla general los volúmenes de la literatura rabínica contienen sólo restos distorsionados de supuestas alusiones a Jesús.

Tercero, los rabinos, durante el tiempo del «*período del segundo templo*» no se inclinaban a hacer mención de acontecimientos ni de personas de este período, a menos que tuviesen mucho que ver con algún pasaje de las Escrituras o comentario que se estuviese exponiendo. El notable erudito judío Joseph Klausner no era cristiano y escribe preferentemente para el pueblo judío, y dice:

Las autoridades del Talmud por lo general raramente se refieren a los acontecimientos del período del segundo templo, y lo hacen sólo cuando éstos tienen mucha relación con alguna discusión «halálica», si no es así, los mencionan muy someramente en alguna «haggada». Por ejemplo, ¿qué habríamos sabido de la gran lucha macabea en contra de los reyes de Siria si los libros apócrifos I y II de Macabeos, y los escritos griegos de Josefo no hubieran sobrevivido, y nos hubiéramos visto obligados a obtener toda nuestra información acerca de este gran suceso de la historia de Israel del Talmud solamente? ¡Ni siquiera hubiéramos sabido el nombre Judas Macabeo!

Puesto que Jesús vivió durante el período del segundo templo, las referencias acerca de El son mucho más dignas de notarse.

Cuarto, a la luz de la opresión romana sobre la nación judía, la aparición de Jesús fue relativamente sin importancia para los rabinos. Nuevamente citamos del erudito judío Klausner:

La aparición de Jesús durante el período de disturbio y confusión que tuvo lugar en Judea en tiempo de los Herodes y los procuradores romanos, llamó tan poco la atención que los contemporáneos de Jesús y de sus primeros discípulos apenas lo notaron; y para la época en que el cristianismo se había convertido en una secta grande y poderosa, los «sabios del Talmud» ya habían sido removidos del tiempo de Jesús.

Los factores anteriores, junto con otras razones, determinan cuán confiable puede ser históricamente una afirmación acerca de Jesús en la literatura rabínica. Por lo tanto, en las dos secciones siguientes, primeramente damos algunas de las referencias a Jesús que históricamente no son confiables, seguidas por aquellas que pueden ser aceptadas como confiables.

REFERENCIAS A JESÚS QUE NO SON CONFIABLES

A casi todos los pasajes que se refieren a Jesús que se originaron después del período tanaítico los designamos como no confiables. Hay muchos de esos pasajes, pero en el período amoraico éstos se refieren primeramente a Jesús dentro de la doctrina cristiana y no a Jesús dentro de su existencia histórica. Algunos pasajes posteriores podrían preservar testimonios primitivos, pero, generalmente, no se puede demostrar que esto sea cierto. Más adelante mencionamos referencias específicas, generalmente reconocidas como no confiables, que mencionan algo acerca del Jesús histórico. Sin embargo, se puede decir que estos pasajes continúan hablando de Jesús como una persona histórica, aun cuando los detalles, dados puedan estar lejos de ser exactos. En otras palabras, una vez más demuestran que la existencia de Jesús nunca fue cuestionada en los tiempos antiguos.

Referencias a «Ben-Stada»

Por siglos, los cristianos y otros pensaron que los pasajes de «Ben-Stada» se referían a Jesús. Como resultado, a menudo criticaban a los judíos por los comentarios que, según creían, se referían a Jesús de una manera negativa. Ahora parece claro que Ben-Stada no era Jesús, sino el egipcio mencionado en Hechos 21:38. Allí el comandante romano le dice a Pablo: «¿No eres tú aquel egipcio que levantó una sedición antes de estos días, y sacó al desierto los cuatro mil sicarios?» Josefo dice que este egipcio se levantó después que Félix fue nombrado procurador de Judea en el 52 A.D.:

En ese tiempo llegó a Jerusalén un egipcio que simulaba ser profeta, y quiso persuadir a la multitud a que ascendiera con él al monte de los Olivos, que se encuentra a la distancia de cinco estadios de la ciudad. Les dijo que desde allí verían caer por su orden los muros de Jerusalén, y les prometió abrirles un camino para regresar a la ciudad. Cuando Félix oyó tales cosas, ordenó a sus soldados que tomaran las armas. Salió de Jerusalén con muchos soldados de caballería y de infantería, y atacó al egipcio y a los que estaban con él. Mató a cuatrocientos de ellos, e hizo prisioneros a doscientos. En cuanto al egipcio, eludió el encuentro y se escapó.

¡Obviamente el egipcio no era Jesús! Pero el siguiente pasaje del *Talmud* babilónico, *Shabbath 104b*, confunde a los dos:

«Aquel que corta su carne». Es una tradición baraita: El rabí Eliezer le dijo a los sabios: ¿Acaso no trajo Ben-Stada la hechicería de Egipto en una cortadura en su carne?» Le respondieron: «Era un loco y nosotros no admitimos pruebas de personas que están locas». ¿Ben-Stada? ¡El era Ben Pandera! (Diferentes maneras de escribir este nombre incluyen: Pantira, Panthera, Pantera, Pantiri, y Panteri.) Rab Hisda dijo: «El esposo era Stada; el amante, Pandera». ¿Acaso no era el esposo Pappos ben Yehudah; y su madre Stada? Su madre era Míriam, una peinadora de mujeres. Como dicen en Pumbeditha, «Stath da» (ésta se alejó) de su marido».

Puesto que el Tannim nunca identifica a Ben-Stada con Jesús o con Ben Pandera, los eruditos han concluido que Rab Hisda y otros ammoraim confundieron al egipcio (o Ben-Stada) con Jesús. En efecto, aun «Raben-nu Tam (*Shabbath 104b*) declara que éste no era Jesús de Nazaret». Klausner muestra que la naturaleza nada fidedigna de los ammoraim puede verse en el texto anterior en que, (1) confunden a Pappas ben Yehuda (un contemporáneo de Akiva de poco antes del 135 A.D.) con el padre de Jesús; (2) confunden a María Magdalena con María, la madre de Jesús, al llamar a la madre de Jesús una peinadora de mujeres (en hebreo M'gadd'la N'Shaya); y (3), también, igualan a Stada con S'tathda, que significa «apartado», y le aplican el nombre a María, la madre de Jesús. Puesto que ninguno de los pasajes tanaíticos identifica a Ben-Stada con Jesús o con Ben Pantera, y ya que los pasajes amoraicos no son confiables, entonces ninguno de los pasajes puede ser referencia a Jesús históricamente confiable.

Referencias a Balaam

Varios pasajes parecen referirse a Jesús utilizando el nombre de Balaam. Según Klausner, la referencia a Jesús como Balaam llegó a ser tan aceptada entre los eruditos judíos, que no requería de más pruebas. Ya no ocurre así. Considere los siguientes pasajes de la *Misná*:

Tres reyes y cuatro plebeyos no tienen parte en el mundo venidero. Los tres reyes son: Jeroboam, Acab y Manasés... Los cuatro plebeyos son: Balaam, Doeg, Ahitofel y Giezi.

Los discípulos del impío Balaam heredarán la Gehena e irán al abismo de la destrucción, como está escrito: «Los hombres sanguinarios y engañadores no llegarán a la mitad de sus días».

No hay razón para asociar a Balaam con Jesús en estos pasajes, puesto que: (1) No hubo razón para que los compiladores de la Misná escondieran la identidad de Jesús si es que estaban hablando de El. (2) Siempre que los rabinos deseaban ocultar la identidad de Jesús, utilizaban el término «*el tal*». (3) Balaam no era israelita, pero Jesús lo era. (4) Si Balaam es el nombre utilizado para encubrir a alguien, se podría aplicar también a muchos otros. No alude específicamente a Jesús. (5) Algunos de los pasajes que igualan a Balaam con Jesús son tardíos y por lo tanto no son confiables como referencia histórica a Jesús.

La razón principal por la cual Balaam no puede ser Jesús, es que algunos pasajes tienen tanto a Jesús como a Balaam como dos individuos diferentes. Considere el siguiente pasaje tanaítico:

R. Eliezer ha-Kappar dijo: Dios dio fuerza a su (de Balaam) voz para que fuera desde un lado del mundo hasta el otro, porque él observó y vio a las naciones que se inclinaban ante el sol, la luna y las estrellas, y ante la madera y la piedra, y miró y vio que había un hombre, nacido de mujer, que se levantaría y procuraría hacerse Dios a sí mismo, y hacer que todo el mundo se descarriara. Por lo tanto, Dios le dio fuerza a la voz de Balaam para que todos los pueblos del mundo escucharan, y así él habló: Escuchad para que no os desviéis por tal hombre porque está escrito: «Dios no es hombre para que mienta». Y si él dice que es Dios, es un mentiroso; y él engañará y dirá que habrá de partir y regresará nuevamente al final. El lo dijo y no lo hará: Ved lo que está escrito: «Tomó su parábola otra vez, y dijo: ¡Ay! ¿Quién vivirá cuando hiciere Dios estas cosas? Balaam dijo: ¡Ay! ¿Quién vivirá? —de esa nación que oye a ese hombre que se ha hecho Dios a sí mismo».

El rabí Eliezer ha-Kappar murió cerca del 260 A.D., así que el valor de sus afirmaciones al testificar históricamente acerca de Jesús es limitado. Pero muestra que al final del período tanaítico y al principio del amoraico cuando habría razones mayores para utilizar seudónimos de Jesús, el nombre de Balaam se refiere a alguien más. En el *Talmud* babilónico, pasaje probablemente del período amoraico (aunque Klausner lo coloca antes de éste) se hace aun más claro:

«Se cuenta la historia de que «Onkelos, hijo de Calónimos, hijo de la hermana de Tito», deseaba hacerse prosélito. Primero invocó a Tito por medio de hechizos. Tito le aconsejó que no se hiciera, prosélito, porque Israel tenía muchos mandamientos que eran difíciles de observar; más bien le aconsejó que se opusiera a ellos. Entonces Onkelos invocó a Balaam, quien en su ira dijo en contra de Israel: «No procuréis su paz ni su bien». No fue hasta entonces que él fue y «levantó a Jesús por medio de hechizos y le dijo: ¿Qué es lo más importante en el mundo? El le respondió: Israel. El preguntó: ¿Y qué si yo mismo me uno a ellos? El le dijo: Procura el bien de ellos y no su mal, todo el que les toca es como si tocara la niña del ojo de Dios. Entonces él preguntó: ¿Y cuál es la suerte del que tal haga? Le respondió: Inmundicia hirviente. Una baraita ha dicho: Cualquiera que se burla de las palabras del sabio está condenado a inmundicia hirviente. Ven y ve lo que hay entre los transgresores de Israel y los profetas de las naciones del mundo».

El relato del impúdico

R. Eliezer sostiene que «un impúdico» significa un bastardo, mientras que R. Yehoshua dice que es un «hijo de inmundicia» [ben niddah; ver Levítico 15:32]; R. Akiva afirma que es ambas cosas. Una vez los ancianos estaban sentados [a la puerta]. Dos niños pasaron ante ellos, uno cubrió su cabeza y el otro descubrió la suya. Al que descubrió su cabeza R. Eliezer lo llama «bastardo»; R. Eliezer, «hijo de inmundicia», y R. Akiva, «bastardo e hijo de inmundicia». Le preguntaron a R. Akiva ¿Cómo se atrevía a contradecir los descubrimientos de sus colegas? El les dijo: Voy a probar lo que digo. Fue a la madre del niño y la vio sentada que vendía guisantes en el mercado. El le dijo: Hija mía, si me respondes a lo que te pregunte, te llevaré a la vida del mundo venidero. Ella le dijo: Júramelo. R. Akiva juró con sus labios, pero sin la aprobación de su corazón. El le dijo: ¿Cuál es la naturaleza de este tu hijo? Ella respondió: Cuando entré en la cámara nupcial era inmunda y mi esposo permaneció alejado de mí y el amigo de mi esposo vino a mí y tuve este hijo. Así que el niño era tanto bastardo como «un hijo de inmundicia». Entonces ellos dijeron: Grande es R. Akiva, que avergonzó a sus maestros. En la misma hora dijeron: Bendito sea el Señor Dios de Israel, que reveló su secreto a R. Akiva ben Yosef.

Este pasaje sólo ocurre en dos tratados, los cuales fueron juntados en uno en un período muy posterior, y el cual contiene «muchas añadiduras, que eran nuevas en su sustancia o corruptas en su forma». Además, ya que R. Akiva fue ejecutado por los romanos en el 135 A.D., ¡no hay forma de que él hubiera sido un respetado rabí cuando Jesús era sólo un niño!

Toledoth Yeshu

«Toledo Yeshu» significa «*La vida de Jesús*». Es un librito que «*pretende narrar la historia de Jesús*». Pudo haber sido recopilado en época tan temprana como el siglo quinto D.C. La historia de Jesús, un niño ilegítimo e impúdico, que estaba aprendiendo «El Nombre Inefable» en el templo, escribiéndolo en un pedazo de papel que cosió en la carne de su propio muslo, por eso es que hacía milagros y atraía seguidores. Los sabios de Israel entonces tomaron a «Yehuda Iskarioto», uno de los suyos, para que aprendiera «El Nombre Inefable» y se volviera en contra de Jesús con señales y maravillas, incluyendo una batalla en el cielo, en la cual Yehuda vuela más alto que Jesús y lo vence haciéndole caer a la tierra. Hay muchas más aventuras descabelladas, pero al fin Jesús es arrestado y colgado en la víspera de la Pascua en el tallo de una berza. Después que su cuerpo es sepultado, un jardinero lo extrae y lo echa en un canal de agua. Los discípulos, al ver que el cuerpo de Jesús faltaba, empezaron a proclamar la resurrección. Pero el rabí Tanchuma (¡quien en la historia real vivió cuatrocientos años después de Jesús!) encuentra el cuerpo y revela la mentira. Los discípulos huyen y llevan su religión por todo el mundo. Shimeon Kepha (Pedro) termina viviendo en una torre construida por él mismo, (La iglesia de San Pedro en Roma) donde él compone himnos y cantos para enviarlos por todo el mundo.

Sólo necesitamos citar la evaluación de Klausner:

La lectura más superficial de este libro sirve para probar que tenemos aquí una pieza que no va más allá de ser una pieza del folclor, en la cual están tejidas confusamente lo que son tardías y tempranas leyendas y dichos talmúdicos y midrásicos concernientes a Jesús, junto con relatos de los Evangelios, (que el autor del *Tol'doth* pervierte de una manera denigrante para Jesús), y otras leyendas populares, muchas de las cuales son mencionadas por Celso, y Tertuliano y, posteriormente, por los padres de la Iglesia, a las cuales Samuel Krauss cataloga de «folkloristische motive» (motivo folclórico). Especialmente notable es la actitud adoptada por el *Tol'doth* hacia los relatos de los Evangelios. Rara vez niega algo; meramente cambia mal por bien y bien por mal. [Los paréntesis son de Klausner]

REFERENCIAS HISTÓRICAS A JESÚS QUE SON CONFIABLES

«En la víspera de la Pascua colgaron a Yeshu».

Se ha enseñado: En la víspera de la Pascua colgaron a Yeshu. Y un anunciador salió delante de él por cuarenta días (diciendo): «Va a ser apedreado, porque practica la hechicería y engañó y desvió a Israel. Alguien que sepa algo en su favor, que venga e interceda por él». Pero no habiendo encontrado nada en su favor, lo colgaron en la víspera de la Pascua.

En el manuscrito de Munich de esta *baraita* se lee: «Yeshu el Nazareno». «Yeshu» se traduce al español a través del griego como «Jesús». Morris Goldstein: «La exacción de la pena de muerte en la víspera de la Pascua constituye una fuerte verificación de que se refiere a Jesús, el Cristo del cristianismo».

La palabra *colgado* también se refiere a la crucifixión. Tanto Lucas 23:39 como Gálatas 3:13 la utilizan en este sentido. Esta *baraita* también está de acuerdo con Juan 19:14, al colocar la crucifixión «*en la víspera de la Pascua*». Pero, ¿por qué estaban «colgando» a Jesús las autoridades judías en lugar de apedrearlo como prescribía su ley? La mejor explicación es que la palabra *colgado* confirma la historicidad de la crucifixión de Jesús bajo los romanos.

Este pasaje es de mucho significado por lo que no niega. Primero, no niega una participación de los judíos en la muerte de Jesús. En efecto, ni siquiera menciona a los romanos. Más bien, busca demostrar que las autoridades judías llevaron a cabo la sentencia, pero de una manera justa. El resultado es una afirmación clara de la historicidad de Jesús y de su muerte. Segundo, este pasaje no niega que Jesús hizo milagros, más bien trata de explicarlos, como que fueron realizados mediante hechicería o magia. La misma respuesta a los milagros de Jesús se reporta en Marcos 3:22; Mateo 9: 12,24,34. Una vez más, hay una clara afirmación de la historicidad de Jesús, y en esta ocasión también de sus milagros.

Este pasaje afirma, además, que Jesús tuvo seguidores entre el pueblo judío, al decir que «*engañó y desvió a Israel*». Los cuarenta días puede que sólo sea un invento apologético diseñado para negar que el juicio fuera un juicio precipitado. Pero, probablemente, podrían estar relacionados con un anuncio oficial de que Jesús estaba siendo buscado por las autoridades. Juan 8:58-59 y 10:31-33,39 indican que los líderes judíos lo estaban buscando para arrestarlo algún tiempo antes de la crucifixión.

Siguiendo la *baraita*, el amoraim del final del siglo tercero ‘Ulla comenta:

¿Usted cree que se buscó alguna defensa para él de manera tan celosa? El era un engañador y el Todo Misericordioso dice: «No lo perdones ni lo ocultes». Era diferente con Jesús, porque él estaba cerca del reinado.

La frase «*cerca del reinado*», ha sido tomada, ya sea como una referencia a la ascendencia genealógica de Jesús de David o, posiblemente, como una referencia al lavado de manos simbólico de Pilato antes de entregar a Jesús para que fuera crucificado.

Yeshu tuvo cinco discípulos

También en Sanedrín 43a, inmediatamente después de la primera *baraita* con respecto a Jesús, hay otra *baraita* acerca de El:

Nuestros rabinos enseñaron: Yeshu tuvo cinco discípulos: Mattai, Nakkai, Netzer, Buni y Todah.

Después sigue una posterior edición amoraica, varios siglos después de la *baraita*. El comentario está lleno de bromas de los cinco nombres y está tan separado de la realidad histórica, que virtualmente ningún erudito acepta la historia como confiable.

Sin embargo, la *baraita*, que se originó en algún tiempo entre 70 y 200 A.D., es aceptada como una referencia confiable a Jesús y sus discípulos. Excepto por Mattai con Mateo, sería difícil identificar los nombres dados como los de los discípulos mencionados en los relatos de los Evangelios. Que Jesús tenía sólo cinco discípulos podría ser explicado por el hecho de que a otros maestros en el Talmud, a saber, Yohanan ben Zakkai y Akiva, también se les describe como que tenían cinco discípulos o estudiantes. «*En cualquier caso —dice Goldstein—, tenemos aquí un primitivo pasaje que nombra a Jesús y a sus cinco discípulos*».

Sanando en el nombre de Yeshua ben Pantera

Esto sucedió a R. Elazar ben Damah, a quien mordió una serpiente, al que Jacobo, un hombre de Kefar Soma, vino a sanarle en el nombre de Yeshua ben Pantera; pero R. Ishmael no se lo permitió. Dijo: «No te está permitido, ben Damah». El respondió: «Os traeré pruebas de que él puede sanarme». Pero no tuvo oportunidad de traer pruebas porque murió. (Después de lo cual) R. Ishmael dijo: «Bienaventurado eres, ben Damah, porque te has ido en paz y no has aportillado el vallado de los sabios; puesto que todo aquel que aportilla el vallado de los sabios, a éste finalmente le llegará el castigo, como está en las Escrituras: «Al que aportillare vallado, le morderá la serpiente».

Este y otros pasajes se refieren a Jesús como «ben Pantera». Los eruditos han debatido mucho acerca de cómo a Jesús se le vinculó con este nombre. Strauss pensaba que fue por la palabra griega *pantheros* que significa «yerno». Klausner y Bruce aceptan la posición de que *panthera* es una corrupción de *parthenos* que significa «virgen». Klausner dice: «Los judíos constantemente oían que los cristianos (la mayoría de los cuales hablaban griego desde tiempos remotos) llamaban a Jesús por el nombre de «Hijo de la Virgen» ... y así, burlándose, le llamaban Ben ha-Pantera, i. e., “hijo del leopardo”».

La teoría más sensacional, pero menos aceptada por los eruditos serios. Fue dramatizada por el descubrimiento de una lápida sepulcral del primer siglo en Biggerbruck, Alemania. La inscripción dice: «Tiberius Julios Abdes Pantera, un arquero, nativo de Sidón, Fenicia, quien en el año 9 C-E, fue transferido para servir en Alemania». Este descubrimiento avivó el fuego de la teoría de que Jesús era el hijo ilegítimo de María y el soldado *Panthera*. Aun Orígenes escribió que su oponente, Celso, cerca del 178 A.D. dijo que él oyó de un judío que «Míriam» había quedado embarazada de «*Pantheras*», un soldado romano; se divorció de su esposo, y dio a luz a Jesús en secreto.

Si «*Pantheras*» hubiera sido un nombre único, la teoría del embarazo de María por el soldado romano habría sido más atractiva para los eruditos. Pero Adolf Deissmann, alemán de principios del siglo veinte y erudito en Nuevo Testamento, verificó, por las inscripciones del primer siglo, «con absoluta certeza, que *Panthera* no era una invención de los escarnecedores judíos, sino un nombre muy común entre los antiguos». El rabí y profesor Morris Goldstein comenta que era tan común como los apellidos Lobo o Águila hoy día. El comenta, además:

*Es digno de notar que al mismo Orígenes se le atribuye la tradición de que *Pantheras* era el apelativo de Santiago (Jacobo), el padre de José, el padre de Jesús... Así también Andrés de Creta, Juan de Damasco, Epifanio el Monje y el autor del Diálogo de*

Andrónico de Constantinopla en contra de los judíos, nombran a Panthera como un antecesor de Jesús.

Si Jesús hubiera sido llamado por el nombre de su abuelo, esto habría estado de acuerdo con una enseñanza del Talmud que permite esta práctica. Mientras que la tradición cristiana identifica a Jesús por el lugar de donde es originario, la tradición judía tenía un mayor interés por la identificación genealógica, de aquí que se haya preferido este método para identificar a Jesús. Goldstein presenta más evidencia para exponer el caso de manera convincente.

Este pasaje indica que las enseñanzas y las sanidades fueron parte del ministerio de los discípulos, y por lo tanto, también del ministerio de Jesús. Note la evidencia de la controversia entre los rabinos de que si sanar en el nombre de Jesús sería permisible o no. El episodio probablemente ocurre en el principio del segundo siglo e indica la distancia de la separación de las autoridades judías de los judíos cristianos. Por el año 135, algunos judíos cristianos sufrirían maltrato por negarse a apoyar la rebelión del «Mesías» de Israel, Barcoquebas.

Este pasaje de la *Tosefta* apoya la *baraita* previa, la cual dice que Jesús «*practicaba la hechicería*», y está de acuerdo con las narrativas del Nuevo Testamento, que describen la respuesta judía a las actividades de sanidad de Jesús y de sus discípulos.

Jacobo, discípulo de Jesús, como Minuth

Nuestros maestros han enseñado: Cuando R. Eliezer [el Grande] fue arrestado por *Minuth* lo trajeron al tribunal para juzgarlo. El procurador le dijo: ¿Acaso una persona anciana como usted se ocupa de cuestiones tan tontas? El respondió: confío en el que me juzga. Entonces el procurador pensó que se refería a él, pero él se refería a su Padre celestial. El procurador le dijo: Puesto que confías en mí, estás exonerado. Cuando regresó a su casa sus discípulos vinieron a consolarlo, pero él no aceptó sus condolencias. R. Akiva le dijo: Permítame decirle una cosa que usted me ha enseñado. El respondió: (Prosigue). El dijo: Quizás [una palabra de *Minuth* vino a usted y le

agradó y, por lo tanto, fue arrestado. (La *Tosefta* dice: ¿Quizás uno de los Minim le dijo una palabra de Minuth y le agradó?) El respondió: Akiva, ¿usted me ha hecho recordar! Una vez estaba caminando por el mercado superior (la *Tosefta* dice «calle») de Séforis y encontré a uno [de los discípulos de Jesús de Nazaret] y Jacobo de Kefar Sekanya (la *Tosefta* dice: «*Sakkanin*») era su nombre. El me dijo: «*Está escrito en tu ley: "No traerás el salario de una ramera, etcétera"*». ¿Qué se tenía que hacer con esto, una letrina para un sumo sacerdote? Pero no respondí nada. El me dijo: Así [Jesús de Nazaret] me enseñó (la *Tosefta* dice: «*Yeshu ben Pantere*»): «Porque del salario de una ramera ella los ha reunido, y al salario de una ramera regresarán», del lugar de la suciedad vinieron y al lugar de la suciedad irán. Y el dicho me agradó, y por causa de esto fui arrestado por *Minuth*. Y yo transgredí en contra de lo que estaba escrito en la ley; «*Aleja de ella tu camino*» -eso es *Minuth*-; «*y no te acerques a la puerta de su casa*» —eso es el gobierno civil.

Klausner muestra que el rabí Eliezer nació por el 40 A.D. o posiblemente por el 30. Por lo tanto, esta *baraita* debió de originarse a principios del período tanaítico (70-200 A.D.), y el discípulo mencionado era de la primera o segunda generación de los discípulos de Jesús. Abajo citamos a Joseph Klausner. Es importante saber que Klausner no era cristiano y que, como erudito judío del mayor calibre, escribió el monumental Jesús de Nazaret en hebreo, y no para complacer al mundo exterior. Pensaba que de esta manera podía asegurar la máxima objetividad. El escribió:

A pesar de los varios intentos de M. Friedlander de persuadirnos de que «cada talmudista digno de ese nombre sabe que los pocos pasajes talmúdicos que hablan acerca de Jesús son de una edición posterior», y que «las fuentes talmúdicas del primer siglo y el primer cuarto del segundo no dan la menor evidencia de la existencia de Jesús o del cristianismo» —a pesar de esto, no puede haber duda de que las palabras, «uno de los discípulos de Jesús de Nazaret», y «así Jesús de Nazaret me enseñó», son, en el pasaje presente, tanto anteriores en la fecha como fundamentales en su información histórica; y su carácter primitivo no puede ser disputado por razón de las pequeñas variaciones en los pasajes paralelos.

Klausner acepta la conclusión de que el arresto de R. Eliezer tuvo lugar en el 95 A.D. y de que Eliezer estaba recordando su encuentro con Jacobo de Kefar Sekanya cerca del 60 A.D. Jacobo tendría alrededor de cincuenta o sesenta años en ese entonces, si es que había escuchado enseñar a Jesús, unos treinta años antes de su encuentro con Eliezer.

En el pasaje, R. Eliezer es enseñado por un discípulo de Jesús (posiblemente Jacobo su hermano, según Klausner) y el rabí pensó que la enseñanza era bastante buena. «*Le agradó*». Pero en su vejez él había llegado a considerar a los cristianos como «*minim*», maestros falsos o apóstatas. Es interesante que en algún momento los cristianos y los judíos eran capaces de gozar de una conversación a pesar de sus convicciones

personales acerca de quién era Jesús. Como vimos anteriormente, Josefo también habla del gran concepto que los judíos tenían de Jacobo, el hermano de Jesús.

Klausner responde a una pregunta que naturalmente surge con respecto al contenido de la enseñanza de los discípulos:

Ciertamente, a primera vista, esta exposición en la que se trata del salario de una ramera y de la letrina no concuerda con el carácter de las enseñanzas de Jesús de la manera en que las conocemos en los Evangelios: allí estamos acostumbrados a verle predicar sólo de ética y piedad personal... No es sólo el Talmud el que explica las Escrituras en formas que, para nuestro gusto moderno, son indecorosas, sino que también Jesús, en los Evangelios, habla de las necesidades humanas con una libertad inaceptable en estos días: «Todo lo que entra en la boca va al vientre, y es echado en la letrina» (Mateo 15:17); «Todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina» (Marcos 7:18-19).

El Tal

Ellos le preguntaron a R. Eliezer: ¿Qué nos dices del tal en lo que concierne al mundo venidero? El les dijo: «Sólo me han preguntado del tal... ¿Qué parte tiene un bastardo en una herencia? ¿Qué tiene él que ver con las responsabilidades del levirato? ¿Qué tiene él que ver con respecto a blanquear su casa? ¿Qué tiene él que ver con blanquear su tumba?» —no porque él los evadiera con palabras, sino porque nunca dijo una palabra que no hubiera escuchado de su maestro.

Este primitivo pasaje tanaítico, según Klausner, se refiere a Jesús, puesto que el término «el tal» es utilizado en el período amoraico para designar a Jesús. Algunos eruditos piensan que aquí R. Eliezer afirma que Jesús tendrá un lugar en el mundo venidero. Las preguntas que él hace a aquellos que lo interrogaron primero, todas tienen por respuesta: «Sí, Jesús tendrá un lugar en el mundo venidero». Sin embargo, otros eruditos, piensan que Eliezer está evadiendo la pregunta de ellos.

Otro pasaje muestra una vez más la reacción natural de los oponentes de Jesús y de sus discípulos en cuanto a su relato del nacimiento virginal:

R. Shimeon ben 'Azzai dijo: Yo encontré un rollo genealógico en Jerusalén en el que estaba escrito: «El tal es un bastardo, hijo de una adúltera».

Si María no estaba embarazada de José, entonces, dice el argumento, algún otro la fecundó —esto es adulterio— y por lo tanto, Jesús era ilegítimo. Aun en el Nuevo Testamento, los escribas y los fariseos desafiaron a Jesús acerca de su nacimiento: «Nosotros no somos nacidos de fornicación», implicando que su nacimiento era ilegítimo.

Quizás Celso (el oponente de Orígenes) obtuvo su información de un judío que citó estas palabras. El pasaje trae algunas preguntas interesantes. ¿Qué reportó José en el registro del nacimiento de Jesús en el espacio marcado «*padre*»? ¿Cuándo José y María informaron a otros del milagroso nacimiento?

Que «*el tal*» se refiere a Jesús en este pasaje es comúnmente aceptado entre los eruditos. El pasaje parece carecer de sentido, sin un nombre y «*el tal*» era una manera de encubrir el nombre de Jesús cuando la iglesia empezó a confiscar escritos que criticaban a Jesús.

El Jesús Histórico Según Los Primitivos Rabinos

¿Pensaban los rabinos judíos primitivos que Jesús era un mito o una leyenda? No en absoluto. No hay indicio alguno que sugiera esta hipótesis, a pesar de lo que digan algunos filósofos y teólogos modernos. Según Klausner, las primeras y más confiables fuentes rabínicas nos dan los siguientes hechos acerca de quién pensaban que era Jesús: «Que su nombre era Yeshu' a (Yeshu) de Nazaret; que practicaba la «*hechicería*» (por ejemplo hacía milagros, como era usual en esos días) y engañó y desvió a Israel; que se burlaba de las palabras de los sabios; que exponía la Escritura de la misma manera que los fariseos; que tenía cinco discípulos; que decía que no había venido a abolir la ley o a añadirle; que fue colgado (crucificado) como un maestro falso y engañador, en la víspera de la Pascua, la cual tuvo lugar en un *sabbath* [día de reposo]; y que sus discípulos sanaban a los enfermos en su nombre». (Paréntesis de Klausner).

Klausner también concluye que la actitud de los primeros y más estudiosos del período tanaítico hacia Jesús y sus enseñanzas no era tan amarga y hostil como la de los rabinos

posteriores. Aunque hay mucho en los escritos rabínicos que habla negativamente de Jesús, el hecho más revelador en lo que respecta a estas fuentes es que por todos lados se confirma la existencia histórica de una persona extraordinaria: Jesús de Nazaret. France concluye:

Aunque no es nada halagador, esto al menos constituye una forma distorsionada de evidencia del impacto que hicieron los milagros y las enseñanzas de Jesús. La conclusión de que esto es completamente dependiente de las afirmaciones cristianas, y de que «los judíos en el segundo siglo no cuestionaban la pretensión cristiana de que él realmente había existido», es seguramente dictada sólo por un escepticismo dogmático. Tal polémica, que a menudo utiliza «hechos» completamente distintos de lo que los cristianos creían, es muy improbable que se haya levantado en menos de un siglo alrededor de un personaje inexistente.

II PARTE

LA CONFIABILIDAD HISTÓRICA DE LA EVIDENCIA DEL NUEVO TESTAMENTO

¿SON CONFIABLES LOS REGISTROS BÍBLICOS?

Estaba hablando en la Universidad Estatal de Arizona y un profesor que había traído a todos los de su clase se dirigió a mí después de una conferencia al «aire libre». Me dijo: «Señor McDowell, usted está basando todas sus afirmaciones acerca de Cristo en un documento del segundo siglo que ya es obsoleto, hoy yo mostré en mi clase cómo el Nuevo Testamento fue escrito tanto tiempo después de Cristo que no podía haber exactitud en lo que se escribía»,

Yo contesté: «Sus opiniones y conclusiones acerca del Nuevo Testamento tienen veinticinco años de atraso».

La opinión del profesor en cuanto a los registros acerca de Jesús se basaban en las conclusiones de un crítico alemán, F. C. Baur. Baur suponía que la mayor parte de las Escrituras del Nuevo Testamento no fueron escritas sino hasta finales del segundo siglo D.C. El concluyó que esos escritos básicamente provinieron de mitos o leyendas que se habían desarrollado durante el largo intervalo entre la vida de Jesús y el tiempo en que estos relatos fueron puestos por escrito.

Para el siglo veinte, sin embargo, descubrimientos arqueológicos habían confirmado la exactitud de los manuscritos del Nuevo Testamento. Descubrimientos de antiguos manuscritos en papiro (el manuscrito de John Ryland, 130 A. D.; los papiros de Chester

Beatty, ca. 155 A.D.; y los papiros Bodmer II A.D.) sirvieron de puente entre el tiempo de Jesús y los manuscritos existentes de fechas posteriores.

Millar Burrows, de Yale, dice: «*Otro de los resultados de comparar el Nuevo Testamento griego con el lenguaje de los papiros [descubiertos] es mayor confianza en la exactitud de la transmisión del texto del Nuevo Testamento mismo*». Tales hallazgos han dado a eruditos mayor seguridad de la confiabilidad de la Biblia.

William Albright, en un tiempo el arqueólogo bíblico más famoso, escribe: «*Podemos decir ya de una manera enfática que no hay base sólida alguna para fechar ningún libro del Nuevo Testamento después de alrededor del 80 A.D., dos generaciones completas antes de los años 130 y 150 que dan los críticos más radicales del Nuevo Testamento de hoy día*». El reitera su punto de vista en una entrevista para la revista **Christianity Today**: «*En mi opinión, cada libro del Nuevo Testamento fue escrito por un judío bautizado, entre los años cuarenta y ochenta del primer siglo D.C. (Muy probablemente en algún tiempo entre 50 y 75 A.D. aproximadamente)*»

Sir William Rarrisay es catalogado como uno de los más grandes arqueólogos que jamás haya existido. El era un estudiante de la escuela de historia alemana que enseñaba que el libro de los Hechos fue producto de mediados del segundo siglo D.C. y no del primer siglo como da a entender. Después de leer la crítica moderna acerca del libro de Los Hechos, quedó convencido de que no era un relato fidedigno de los sucesos de ese tiempo (50 A.D.) y, por lo tanto, no era digno de que un historiador lo tomara en cuenta. Así que en su investigación de la historia de Asia Menor, Ramsay puso poca atención al Nuevo Testamento. Sin embargo, su investigación finalmente lo obligó a considerar el escrito de Lucas. Observó la exactitud meticulosa de los detalles históricos, y su actitud hacia el libro de los Hechos empezó a cambiar. Se vio obligado a concluir que «*Lucas es un historiador de primera clase... este autor debería ser colocado junto a los más grandes historiadores*». Debido a la exactitud de los detalles más mínimos, Ramsay, finalmente admitió que los Hechos no podía ser un documento del segundo siglo, sino más bien relatos de mediados del primer siglo.

Muchos eruditos liberales se están viendo obligados a considerar fechas anteriores para el origen del Nuevo Testamento. El teólogo británico y erudito en Nuevo Testamento, John A.T. Robinson, revela algunas conclusiones sorprendentemente radicales, en su libro *Redating the New Testament* (Fechando de nuevo el Nuevo Testamento). Su investigación le llevó a la convicción de que todo el Nuevo Testamento fue escrito antes de la caída de Jerusalén en el 70 A.D.

«Como erudito occidental en las Escrituras», observa el doctor Peter Stuhlmacher, de Tubinga, «me veo inclinado a dudar de estos relatos [de los Evangelios], pero como historiador, tengo la obligación de aceptarlos como confiables».

Stuhlmacher ahora confiesa: *«Los textos bíblicos de la manera en que están, son la mejor hipótesis que tenemos hasta ahora para explicar lo que realmente sucedió».*

Hoy día, la crítica formal dice que el material pasó de boca en boca hasta que fue escrito en la forma de los Evangelios. Aun cuando ese período fue mucho más corto de lo que se creía previamente, ellos todavía concluyen que los relatos de los Evangelios tomaron la forma de una literatura folclórica (leyendas, cuentos, mitos y parábolas).

Una de las principales críticas que se hacen del concepto de los críticos formales del desarrollo de la tradición oral, es que el período de la tradición oral (como es definido por los críticos) no es lo suficientemente largo como para haber permitido las alteraciones en la tradición. Hablando de la brevedad del elemento tiempo implicado en la escritura del Nuevo Testamento, Simon Kistemaker, profesor de Biblia en el Colegio Dordt, escribe:

Generalmente, la acumulación de folclor entre los pueblos de las culturas primitivas implica a muchas generaciones; es un proceso gradual esparcido a través de siglos. Pero en conformidad con el pensamiento de la crítica formal, debemos concluir que los relatos de los Evangelios fueron producidos y coleccionados dentro de un período de poco más de una generación. En términos del enfoque de la crítica formal, la formación de las unidades individuales de los Evangelios debe verse como un proyecto condensado con un acelerado curso de acción.

A.H. McNeile, antiguo profesor regio de Divinidad en la Universidad de Dublin, desafía el concepto de la tradición oral de la crítica formal. El señala que los críticos formales no tratan con la tradición de las palabras de Jesús tan estrechamente como deberían hacerlo. Una mirada cuidadosa a 1 Corintios 7:10, 12, 25 muestra la preservación cuidadosa y la existencia de una tradición genuina del registro de estas palabras. En la religión judía era costumbre que un estudiante memorizara las enseñanzas de un rabino. Un buen alumno era *«como una cisterna calafateada que no deja escapar ni una gota»* (Misná, *Abboth*, 2, 8). Si nos apoyamos en la teoría de C.F. Burney (en la *Poesía de nuestro Señor*, 1925), podemos suponer que muchas de las enseñanzas de nuestro Señor están en forma poética en arameo lo que hace mucho más fácil memorizarlas.

Analizando la crítica formal, Albright escribió: «*Sólo los eruditos modernos que carecen de método y perspectiva históricos pueden tejer tal red de especulaciones como esa con que los críticos formales han rodeado las tradiciones de los Evangelios*». La propia conclusión de Albright fue que: «*Un período de veinte a veinticinco años es demasiado corto para permitir cualquier corrupción del contenido esencial o aun de las palabras específicas de los dichos de Jesús*».

A menudo, cuando estoy hablando con algunos acerca de la Biblia, responden sarcásticamente que no se puede confiar en lo que la Biblia dice porque fue escrita hace casi dos mil años, y está llena de errores y discrepancias. Yo respondo que creo que puedo confiar en las Escrituras. Entonces, describo un incidente que sucedió durante una conferencia ante una clase de historia. Yo hice la afirmación de que creía que había más evidencia para confiar en el Nuevo Testamento que casi para cualesquiera otros diez libros de literatura clásica puestos juntos. El profesor se sentó en la esquina con una risa burlona, como si dijera: «*Ah, veamos... continúe*».

Yo dije: «*¿De qué se ríe usted?*»

El dijo: «*De la audacia de hacer en una clase de historia la afirmación de que el Nuevo Testamento es confiable. Eso es ridículo*».

Bueno, yo aprecio que alguien haga una afirmación como esa, porque siempre me gusta hacer esta pregunta (y nunca he tenido una respuesta positiva): «*Señor, dígame, como historiador, ¿cuáles son las pruebas que usted aplica a cualquier clase de literatura de la historia para determinar si es exacta o confiable?*»

La cosa sorprendente fue que él no tenía prueba alguna.

Yo respondí: «*Yo tengo algunas pruebas*».

Creo que la confiabilidad histórica de las Escrituras debe ser probada con los mismos criterios utilizados con todos los documentos históricos. El historiador militar C. Sanders, enumera y explica los tres principios básicos de la historiografía. Ellos son: (1) la prueba bibliográfica; (2) la prueba de la evidencia interna; y (3) la prueba de la evidencia externa.

PRUEBA BIBLIOGRÁFICA

La prueba bibliográfica es un examen de la transmisión textual por la cual los documentos nos llegan. En otras palabras, no teniendo los documentos originales, ¿cuán confiables son las copias que tenemos en lo que respecta al número de manuscritos (Mss.) y al intervalo entre el original y la copia existente?

Podemos apreciar una riqueza tremenda en autoridad en cuanto a los manuscritos del Nuevo Testamento al compararlo con el material textual de otras notables fuentes antiguas.

La historia de Tucídides (460-400 A.C.) disponible para nosotros, consta de ocho Mss. que datan de alrededor del 900 A.D., casi 1.300 años después que él escribió. Los Mss. de la historia de Heródoto son más o menos igualmente tardíos y escasos, y sin embargo, como F. F. Bruce responde: «*Ningún erudito clásico escucharía un argumento de que la autenticidad de Heródoto o Tucídides estuviera en duda debido a que los manuscritos más antiguos de sus obras que nosotros utilizamos son más de 1.300 años más recientes que sus originales*».

Aristóteles escribió su *Política* cerca del 343 A.C. y, sin embargo, la copia más antigua que tenemos data del 1.100 A.D., un lapso de casi 1400 años, y sólo existen cinco manuscritos.

César compuso su historia de las guerras gálicas entre 58 y 50 A.C. y su autoridad de manuscritos descansa en nueve o diez copias que datan de 1.000 años después de su muerte.

En lo que respecta a la autoridad de manuscritos del Nuevo Testamento, la abundancia del material, es en contraste, casi desconcertante. Después de los descubrimientos de los primeros papiros manuscritos que unieron la brecha que había entre el tiempo de Jesús y el segundo siglo, una abundancia de otros Mss. salió a la luz. Más de 22.000 copias de manuscritos del Nuevo Testamento existen hoy día. La *Ilíada* tiene 643 Mss. y es la segunda en autoridad de manuscritos después del Nuevo Testamento.

Sir Frederic Kenyon, quien fue director y principal bibliotecario del Museo Británico, e inigualado en autoridad para emitir una declaración acerca de un manuscrito, concluye:

El intervalo, pues, entre las fechas de la composición original y la más antigua evidencia que existe resulta tan pequeña que es, en efecto, insignificante, y el último fundamento para alguna duda de que las Escrituras hayan llegado a nosotros substancialmente en la forma que fueron escritas, ya ha sido disipada. Tanto la autenticidad como la integridad general de los libros del Nuevo Testamento pueden considerarse finalmente establecidos.

El erudito en griego del Nuevo Testamento, J. Harold Greenlee, añade:

Puesto que los eruditos aceptan generalmente como dignos de crédito los antiguos escritos clásicos, aun cuando sus Mss, más antiguos fueron escritos mucho después que los escritos originales y el número de Mss. existentes es en muchos casos muy pequeño, es claro que la confiabilidad del texto del Nuevo Testamento está igualmente asegurada.

La aplicación de la prueba bibliográfica del Nuevo Testamento nos asegura que tiene una autoridad de manuscritos mayor que cualquier pieza de literatura de la antigüedad. Añadiendo a esa autoridad los más de 100 años de intensiva crítica textual del Nuevo Testamento, uno puede concluir que la autenticidad del Nuevo Testamento ha sido establecida.

PRUEBA DE LA EVIDENCIA INTERNA

La prueba bibliográfica sólo ha determinado que el texto que tenemos ahora es esencialmente lo que originalmente fue registrado. Uno todavía tiene que determinar si ese registro escrito es creíble y hasta qué punto. Ese es el problema de la crítica interna, que es la segunda prueba de la historicidad mencionada por C. Sanders.

En este punto la crítica literaria continúa guiándose por el aforismo de Aristóteles: *«El beneficio de la duda debe ser dado al propio documento y no arrogado por el crítico a sí mismo»*. En otras palabras, como John Montgomery lo resume: *«Uno debe escuchar las afirmaciones del documento que se está analizando y no suponer fraude o error a menos que el autor se haya descalificado a sí mismo por contradicciones o sabidas inexactitudes de los hechos»*.

El doctor Louis Gottschalk, antiguo profesor de historia en la Universidad de Chicaco, define su método histórico en una guía utilizada por muchos en la investigación histórica. Gottschalk señala que la habilidad de un escritor o de un testigo para decir la verdad es útil al historiador a fin de determinar la credibilidad, *«aun si se halla en un documento obtenido por la fuerza o por fraude, si es censurable por cualquier otra razón, si está basado en evidencia de rumores, o si proviene de un testigo interesado»*.

Esta *«habilidad para decir la verdad»* está íntimamente relacionada con la proximidad, tanto geográfica como cronológica, del testigo a los hechos registrados. Los relatos del Nuevo Testamento de la vida y enseñanzas de Jesús fueron registrados por hombres que eran o bien testigos presenciales o quienes relataron los informes que recibieron de testigos presenciales de los hechos o enseñanzas reales de Jesús.

Lucas 1:1-3: *Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo.*

II Pedro 1:16: *Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad.*

1 Juan 1:3: *Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.*

Juan 19:35: *Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis.*

Lucas 3:1: *En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato y Herodes tetrarca de Galilea y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisaniás tetrarca de Abilinia.*

Esta proximidad a los informes registrados es un medio extremadamente efectivo para certificar la exactitud de lo que es retenido por un testigo. Sin embargo, el historiador también tiene que lidiar con los testigos presenciales que consciente o inconscientemente dicen falsedades, aun cuando hayan estado próximos al acontecimiento y sean competentes para decir la verdad. Los relatos del Nuevo Testamento acerca de Jesús empezaron a circular dentro del tiempo de la propia vida de aquellos que vivieron en los días de El. Estas personas podían ciertamente confirmar o negar la exactitud de los relatos. Al abogar su caso en pro del evangelio, los apóstoles habían apelado (aun al enfrentar sus oponentes más severos) al conocimiento común acerca de Jesús. No solamente dijeron: «*Miren, nosotros vimos esto*»; o: «*Escuchamos lo otro*»; pero, además, presentaron las cosas de otro modo y justamente ante críticos adversos dijeron: «*Vosotros también sabéis de estas cosas... Vosotros las visteis; vosotros mismos sabéis de ellas*». Uno debe tener cuidado cuando les dice a sus oponentes: «*Vosotros también sabéis esto*», porque si los detalles no son correctos eso va a ser utilizado en su contra.

Hechos 2:22: *Varones Israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis.*

Hechos 26:24-28: *Diciendo él estas cosas en su defensa, Festo a gran voz dijo: Estás loco, Pablo: las muchas letras te vuelven loco. Mas él dijo: No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura. Pues el rey sabe estas cosas, delante de quien también hablo con toda confianza. Porque no pienso que ignora nada de esto; pues no se ha hecho esto en algún rincón.*

En lo que respecta al valor de la fuente primaria de los registros del Nuevo Testamento, F. F. Bruce, antiguo profesor de crítica y exégesis bíblicas en la Universidad de Manchester, dice:

Y no fue solamente a testigos presenciales amistosos que los predicadores primitivos tuvieron que enfrentar; había otros con diferente disposición que también estaban familiarizados con los hechos principales del ministerio y muerte de Jesús. Los discípulos no podían correr el riesgo de las inexactitudes (mucho menos de la

manipulación voluntaria de los hechos), lo cual habría sido expuesto enseguida por aquellos que estarían muy contentos de poder hacerlo. Por el contrario, uno de los puntos fuertes en la predicación apostólica original es la confiada apelación al conocimiento de sus oyentes; no sólo dijeron: «Somos testigos de estas cosas»; sino también: «Como vosotros mismos sabéis» (Hechos 2:22). Si hubiera habido alguna inclinación a apartarse de esos hechos en cualquier respecto, la posible presencia de testigos hostiles en el auditorio habría servido de mayor correctivo.

Lawrence J. McGinley, de Saint Peter College, comenta acerca del valor de los testigos hostiles en relación con los acontecimientos registrados:

Primero que todo, los testigos de los sucesos en cuestión todavía estaban vivos cuando la tradición había sido completamente formada; y entre aquellos testigos presenciales había enemigos reacios del nuevo movimiento religioso. Sin embargo, la tradición alega que narra una serie de hechos bien conocidos y doctrinas enseñadas públicamente en un tiempo en que las afirmaciones falsas podían ser, y en efecto serían, desafiadas.

El erudito en Nuevo Testamento, Robert Grant, de la Universidad de Chicago concluye:

En el tiempo en que ellos [los Evangelios Sinópticos] fueron escritos o que se supone lo hayan sido, había testigos presenciales y su testimonio no fue completamente descartado... Eso significa que los Evangelios deben ser considerados en su mayor parte testigos confiables de la vida, muerte y resurrección de Jesús.

El historiador Will Durant, que se ha pasado la vida analizando los registros de la antigüedad, dice que la evidencia literaria indica autenticidad histórica en lo que respecta al Nuevo Testamento:

A pesar de los prejuicios y las preconcepciones teológicas de los evangelistas, ellos registran muchos incidentes que meros inventores abrían encubierto —la competencia de los apóstoles por altos puestos en el reino, la huida de ellos después del arresto de Jesús, la negación de Pedro, el hecho de que Jesús no pudo hacer milagros en Galilea, que algunos oyentes mencionaran la posibilidad de que Jesús estuviera loco, la incertidumbre de ellos al principio en cuanto a su misión, las confesiones de ellos de ignorancia en cuanto al futuro, sus momentos de amargura, su clamor desesperado en la cruz; ninguno que lea esas escenas puede negar la realidad de la figura que estaba detrás de ellas. Que unos pocos hombres sencillos pudieran en una generación haber

inventado una personalidad tan poderosa e interesante, una ética tan sublime, y una visión tan inspiradora de hermandad humana, sería un milagro mucho más increíble que cualquiera de los que están registrados en los Evangelios. Después de dos siglos de alta crítica de las nociones de la vida, carácter, y enseñanzas de Cristo, permanecen razonablemente claros y constituyen lo más fascinante en la historia del hombre occidental.

LA PRUEBA DE LA EVIDENCIA EXTERNA

La tercera prueba de la historicidad es la de la evidencia externa: Si otro material histórico confirma o niega el testimonio interno de los documentos mismos—. En otras palabras: ¿Qué fuentes existen, aparte de la literatura que se está analizando, que ratifiquen su exactitud, confiabilidad, y autenticidad?

Gottschalk sostiene que la *«conformidad o acuerdo con otros hechos científicos o históricos conocidos es a menudo una prueba decisiva de la evidencia, ya sea que venga de uno o de más testigos»*.

Dos amigos del apóstol Juan confirman la evidencia interna de los relatos de Juan. El historiador Eusebio, como ya se ha citado, preserva escritos de Papías, obispo de Hierápolis (130 A.D.):

El Anciano [apóstol Juan] solía decir también esto: «Marcos, habiendo sido el intérprete de Pedro, escribió con exactitud todo lo que él [Pedro] mencionó, ya fuesen dichos o hechos de Cristo, sin embargo, no en orden. Porque él no fue ni un oyente ni un compañero del Señor, pero después, como dije, él acompañó a Pedro, quien adaptaba sus enseñanzas según lo requería la necesidad, no como si estuviera haciendo una compilación de los dichos del Señor. Así, pues, Marcos no cometió error alguno al escribir de esta manera algunas de las cosas que él mencionó; porque él puso atención a esto: no omitir cosa alguna de nlo que él había oído, ni incluir alguna afirmación falsa entre ellas».

Ireneo, obispo de Lyon, 180 A.D., fue alumno de Policarpo, obispo de Esmima (quien había sido cristiano por ochenta y seis años y fue discípulo de Juan el apóstol), escribió:

Mateo publicó su evangelio entre los hebreos [i.e., los judíos] en su propia lengua, cuando Pedro y Pablo estaban predicando el evangelio en Roma y fundando la iglesia allí. Después de su partida [i.e., muerte, la cual la tradición coloca durante la persecución de Nerón en el año 64], Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro, nos dio en sus escritos la sustancia de la predicación de Pedro. Lucas, el seguidor de Pablo, escribió en su libro el evangelio predicado por su maestro. Entonces Juan, el discípulo del Señor, el que también se recostó en su pecho [ésta es una referencia a Juan 13:25 y 21:20], produjo su evangelio, mientras vivía en Efeso en Asia.

La arqueología a menudo provee alguna evidencia externa extremadamente fuerte. Contribuye a la crítica bíblica, no en el área de la inspiración y revelación, sino proveyendo evidencia de la exactitud de los hechos registrados. El arqueólogo Joseph Free escribe: «*La arqueología ha confirmado un sinnúmero de pasajes que han sido rechazados por los críticos como no históricos o contradictorios a los hechos conocidos*».

Ya hemos visto cómo la arqueología hizo que Sir William Ramsay cambiara sus negativas convicciones iniciales acerca de la historicidad de Lucas y llegara a la conclusión de que el libro de los Hechos era exacto en su descripción de la geografía, antigüedad y sociedad de Asia Menor.

F.F. Bruce observa: «Donde se ha sospechado que Lucas no fue exacto y la exactitud ha sido verificada por alguna evidencia inscripcional [externa], puede decirse legítimamente que la arqueología ha confirmado los registros del Nuevo Testamento.

A. N. Sherwin-White, un historiador clásico, escribe que «*en cuanto a los Hechos, la confirmación de la historicidad es abrumadora*». El continúa diciendo que «*cualquier intento de rechazar su historicidad básica, aun en cuestiones de detalles, ahora tiene que parecer absurda. Los historiadores romanos la han dado por sentada desde hace mucho*».

Después de tratar personalmente, siendo yo mismo un escéptico, de destruir la historicidad y validez de las Escrituras, tuve que concluir que ellas, eran, en realidad, históricamente confiables. Si una persona descarta la Biblia como no confiable en este sentido, entonces debe descartar casi toda la literatura de la antigüedad. Un problema que enfrente constantemente es el deseo de muchos de aplicar una norma o prueba a la literatura secular y otra a la Biblia. Debemos aplicar las mismas pruebas a la literatura que se investiga, ya sea secular o religiosa. Habiendo hecho esto, creo que podemos

decir: «*La Biblia es digna de confianza e históricamente confiable en su testimonio acerca de Jesús*».

El doctor Clark H. Pinnock afirma:

No hay documento del mundo antiguo que sea respaldado por tan excelentes testimonios, tanto históricos como textuales, y que ofrezca un despliegue tan magnífico de información histórica sobre la cual se pueda tomar una decisión inteligente. Una [persona] honesta no puede desechar una fuente de esta clase. El escepticismo en lo que respecta a las credenciales históricas del cristianismo está basado en un prejuicio irracional [i.e., antisobrenatural].

¿QUIEN MORIRÍA POR UNA MENTIRA?

Un área que es a menudo pasada por alto en los desafíos al cristianismo es la transformación de los apóstoles de Jesús. Sus vidas cambiadas proveen un testimonio sólido de la validez de sus afirmaciones. Puesto que la fe cristiana es histórica, para investigarla debemos apoyarnos fuertemente en el testimonio, tanto escrito como oral.

Hay muchas definiciones de «*historia*» pero mi preferida es: «*Un conocimiento del pasado basado en el testimonio*». Si alguien dice: «*Creo que no es una buena definición*», yo pregunto: «*¿Crees que Napoleón vivió?*»

Casi siempre responden: «*Sí*».

«*¿Lo has visto?*», les pregunto, y confiesan que no lo han visto.

«*¿Entonces cómo sabes que vivió?*» Bueno, ellos se están apoyando en un testimonio.

Esta definición de la historia en particular tiene un problema inherente. El testimonio debe ser confiable o el oyente estará mal informado. El cristianismo implica conocimiento del pasado basado en el testimonio, así que debemos ahora preguntar: ¿Fueron fidedignos los testimonios orales originales acerca de Jesús? ¿Se puede confiar en que comunicaron correctamente lo que Jesús dijo e hizo? Creo que sí puedo confiar en los testimonios de los apóstoles porque, de esos doce hombres, once murieron como mártires por sostener dos cosas: (1) La resurrección de Jesús y (2) su creencia en El como el Hijo de Dios. La tradición confiable muestra que ellos fueron torturados y azotados, y finalmente enfrentaron la muerte, mediante algunos de los métodos más crueles que se conocían:

1. Pedro, crucificado

2. Andrés, crucificado

3. Mateo, a espada

4. Juan, muerte natural

5. Jacobo, hijo de Alfeo, crucificado

6. Felipe, crucificado

7. Simón, crucificado

- S. Tadeo, muerto a flechazos

9. Jacobo, hermano de Jesús, apedreado

10. Tomás, atravesado por una lanza

11 – Bartolomé, crucificado

1-9. Jacobo, hijo de Zebedeo, a espada

La respuesta que a menudo se da es ésta: ¿Y qué? Muchos han muerto por una mentira; así que, ¿qué prueba eso?

Sí, muchos han muerto por una mentira, pero ellos pensaban que era la verdad. Ahora bien, si la resurrección nunca sucedió (i.e., fue falsa), los discípulos lo sabían. No encuentro ninguna forma de demostrar que ellos pudieran haber estado engañados. Por lo tanto, estos once hombres no solamente murieron por una mentira —aquí está la paradoja— ¡pero ellos sabían que era una mentira! Sería difícil encontrar a once personas en la historia que hayan muerto por una mentira, a sabiendas de que era una mentira.

Debemos estar conscientes de varios factores para poder apreciar lo que ellos hicieron.

Primero, como ya hemos visto, cuando los apóstoles hablaban o escribían, lo hacían como testigos presenciales de los acontecimientos que describían.

El principal contenido de los testimonios de los testigos oculares tenía que ver con la resurrección. Los apóstoles fueron testigos de la resurrección de Jesús:

Lucas 24:48

Hechos 5:32

Hechos 26:16

Juan 15:27

Hechos 10:39

1 Corintios 15:4-9

Hechos 1:8

Hechos 10:41

1 Corintios 15:15

Hechos 2:24,32

Hechos 13:31

1 Juan 1:2

Hechos 3:15

Hechos 22:15

Hechos 4:33

Hechos 23:11

Segundo, los apóstoles necesitaron ser convencidos ellos mismos de que Jesús había resucitado de los muertos. Al principio no lo creían. Fueron y se escondieron (Marcos 14:50). No vacilaron en expresar sus dudas. Sólo después de una amplia y convincente evidencia creyeron. Allí estaba Tomás, quien dijo que no creería que Jesús había resucitado de los muertos hasta que pusiera sus dedos en donde estuvieron los clavos. Tomás más tarde murió como mártir por Jesús. ¿Estaba engañado? El apostó su vida a que no.

Después estaba Pedro. Negó a Jesús varias veces durante su juicio. Finalmente lo abandonó. Pero algo le sucedió a este cobarde. Poco después de la crucifixión y la sepultura de Jesús, Pedro se presentó en Jerusalén predicando con valor, aunque había sido amenazado de muerte, que Jesús era el Cristo y que había resucitado. Finalmente, Pedro fue crucificado con la cabeza hacia abajo. ¿Estaba engañado? ¿Qué le había pasado? ¿Qué lo había transformado en una persona valiente como un león por Jesús? ¿Por qué estaba dispuesto a morir por El? La única respuesta que me satisface es 1 Corintios 15:5: «Y que apareció a Cefas [Pedro]» (Juan 1:42)

El ejemplo clásico de un hombre convencido en contra de su voluntad fue Santiago, el hermano de Jesús (Mateo 13:55; Marcos 6:3). Aunque Santiago no era uno de los doce originales (Mateo 10:2-4), posteriormente fue reconocido como un apóstol (Gálatas 1:19), al igual que Pablo y Bernabé (Hechos 14:14). Cuando Jesús estaba vivo, Jacobo no creía en su hermano Jesús (Juan 7:5). El, al igual que sus demás hermanos y hermanas, podían haberse burlado de Jesús: «¿Quieres que la gente te crea? ¿Por qué no te vas a Jerusalén a hacer tus cosas?» Para Jacobo debió haber sido humillante que Jesús anduviera por allí y que ridiculizara el nombre de la familia por sus tontas afirmaciones («*Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí*» —Juan 14:6; «*Yo soy la vid, vosotros los pámpanos*» —Juan 15:5; «*Yo soy el buen pastor... y las mías me conocen*» —Juan 10: 14). ¿Qué pensaría usted si su hermano dijera tales cosas?

Pero algo le sucedió a Jacobo (Santiago). Después que Jesús fue crucificado y sepultado, Santiago estaba predicando en Jerusalén. Su mensaje era que Jesús había muerto por nuestros pecados y había resucitado y estaba vivo. Finalmente, Santiago llegó a ser uno de los líderes de la iglesia de Jerusalén y escribió un libro, la Epístola de Santiago. El la comenzó escribiendo: «*Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo*»,

su hermano. Finalmente, Santiago murió como un mártir, apedreado por Ananías, el sumo sacerdote (Josefo). ¿Estaba Santiago engañado? No, la única explicación aceptable es 1 Corintios 15:7: «*Después apareció a Jacobo*».

Si la resurrección era una mentira, los apóstoles lo sabían.

¿Estaban ellos perpetuando un fraude colosal? Esa posibilidad no es consecuente con lo que sabemos respecto a sus vidas. Ellos personalmente condenaron la mentira y enfatizaban la honestidad. Animaban a la gente a que conociera la verdad. El historiador Edward Gibbon, en su famosa obra *La historia de la declinación y la caída del Imperio Romano*, da «*la más pura pero austera moralidad de los primeros cristianos*» como una de las cinco razones principales del rápido éxito del cristianismo. Michael Green, director del Saint John College, Nottingham, observa que la resurrección

fue la creencia que cambió a los desanimados seguidores de un rabino crucificado en los valientes testigos y mártires de la iglesia primitiva. Esta fue la creencia que separó a los seguidores de Jesús de los judíos y los transformó en la comunidad de la resurrección. Podías meterlos en prisión, azotarlos, matarlos, pero no podías hacer que ellos negaran su convicción de que «al tercer día él resucitó».

Tercero, la conducta valiente de los apóstoles exhibida inmediatamente después que quedaron convencidos de la resurrección hace muy improbable que todo esto fuera un fraude. Pedro, que había negado a Jesús, se levantó —aun ante la amenaza de muerte— y proclamó a Jesús vivo después de la resurrección. Las autoridades arrestaron a los seguidores de Jesús y los azotaron, sin embargo, muy pronto regresaban a las calles a seguir hablando de El (Hechos 5:40-42). Sus amigos notaron su alegría y Sus enemigos notaron su valor. Y no predicaron en poblados insignificantes, sino en Jerusalén.

Los seguidores de Jesús no podrían haber enfrentado la tortura y la muerte a menos que estuviesen convencidos de Su resurrección. La unanimidad de su mensaje y su comportamiento eran sorprendentes. Las probabilidades en contra de que un grupo grande esté de acuerdo son enormes, sin embargo, todos ellos estaban de acuerdo en cuanto a la verdad de la resurrección. Si eran unos mentirosos es difícil explicar por qué ni siquiera uno de ellos cedió ante la presión.

Pascal, el filósofo francés, escribe:

La alegación de que los apóstoles eran impostores es completamente absurda. Llevemos el caso a su conclusión lógica: Imaginémos a esos doce hombres, reunidos después de la muerte de Jesucristo, y planeando una conspiración para decir que El ha resucitado. Eso habría constituido un ataque contra las autoridades civiles y religiosas. El corazón del hombre es extrañamente inclinado a vacilar y a cambiar; generalmente es movido por promesas, tentado por las cosas materiales. Si alguno de esos hombres se hubiera rendido a tentaciones tan sutiles o cedido ante los argumentos de prisión [o] tortura, todos habrían estado perdidos.

«¿Cómo se han transformado, casi de la noche a la mañana?» —pregunta Michael Green— «en la banda indomable de entusiastas que desafiaban la oposición, el cinismo, el ridículo, las pruebas, la prisión y la muerte en los tres continentes, al predicar por todos lados a Jesús y la resurrección?»

Uno de los más grandes historiadores que jamás haya vivido, Kenneth Scott Latourette, primero fue de misionero a la China, después profesor en la Universidad de Yale hasta 1953, escribió:

Los efectos de la resurrección y la venida del Espíritu Santo sobre los discípulos fueron... de mayor importancia. De hombres y mujeres desanimados y desilusionados que miraban tristemente hacia el pasado, habiendo tenido esperanzas de que Jesús era «el que había de redimir a Israel», se convirtieron en un grupo de testigos entusiastas.

El escritor, profesor y activista cristiano Paul Little pregunta: «¿son estos hombres, que ayudaron a transformar la estructura moral de la sociedad, unos mentirosos consumados o dementes ilusos? Estas alternativas son más difíciles de creer que el hecho de la resurrección, y no hay ni la más mínima evidencia que las apoye».

La constancia de los apóstoles, aun hasta la muerte, no puede refutarse con argumentos. Según la Enciclopedia británica, Orígenes refiere la muerte de Pedro crucificado con la cabeza hacia abajo. El erudito británico Herber Workman describe la muerte de Pedro:

Así que Pedro, como nuestro Señor lo había profetizado, fue «ceñido» por otro, y «llevado» por la Vía Aureliana a morir a un lugar muy cerca de los jardines de Nerón en el monte Vaticano, donde tantos de sus hermanos ya habían sufrido una muerte

cruel. A petición propia fue crucificado con la cabeza hacia abajo, porque se consideraba indigno de morir como su Maestro.

Tertuliano escribió que «ningún hombre estaría dispuesto a morir a menos que supiera que tenía la verdad».

El doctor Simon Greenleaf, antiguo profesor regio de leyes de Harvard y autor de una serie de tres volúmenes acerca de leyes y evidencia legal, un hombre que dio conferencias por años de cómo tratar con un testigo y determinar si está mintiendo o no, observa que

los anales de las guerras militares difícilmente mostrarían semejante ejemplo de heroica constancia, paciencia, e impávido valor. Tenían ellos todos los motivos posibles para revisar las bases de su fe, y las evidencias de los grandiosos hechos y verdades que ellos afirmaban.

Los apóstoles pasaron por la prueba de la muerte para verificar lo que estaban proclamando. Creo que puedo confiar más en su testimonio que en el de la mayoría de las personas que conozco de estos días, personas que no están dispuestas a cruzar la calle por lo que creen, mucho menos a morir por ello.

¿DE QUE SIRVE UN MESÍAS MUERTO?

Muchas personas han muerto por una buena causa. Recuerde al estudiante de San Diego que se quemó para morir en protesta por la guerra de Vietnam. En la década de los sesenta muchos budistas se quemaron a sí mismos para con su muerte atraer la atención del mundo al sureste de Asia.

El problema con los apóstoles es que su buena causa murió en la cruz. Ellos creían que Jesús era el Mesías. Creían que El era el que iba a establecer el reino de Dios y gobernar sobre el pueblo de Israel. No pensaron que podía morir.

Para poder entender la relación de los apóstoles con Jesús y por qué la cruz no era comprensible para ellos, tiene uno que darse cuenta de la actitud acerca del Mesías que había en ese tiempo.

La vida y las enseñanzas de Jesús estaban en tremendo conflicto con las especulaciones mesiánicas de los judíos de esos días. Desde la niñez, a un judío se le enseñaba que cuando el Mesías viniera sería un líder político victorioso y reinante. Iba a librar a los judíos de la servidumbre y restaurarles a su lugar correspondiente. Un Mesías que sufriría estaba «*Completamente fuera del concepto que los judíos tenían del Mesías*».

E. F. Scott, antiguo profesor de teología bíblica en «*Union Theological Seminary*» en Nueva York, ofrece su relato de las condiciones históricas del tiempo de Jesús:

El período fue de una emoción intensa. Los líderes religiosos encontraban casi imposible controlar los ánimos de la gente, que estaba esperando por todos los lugares la aparición del prometido Libertador. Este sentimiento de expectación, sin duda alguna, había aumentado por los acontecimientos recientes en la historia.

Por más de una generación los romanos habían estado interfiriendo la libertad de los judíos, y sus medidas de represión habían llevado el espíritu de patriotismo al punto más candente. El sueño de una liberación milagrosa, y de un rey mesiánico que la efectuara, cobraba un nuevo significado en esa época crítica; pero en sí no era nada nuevo. Detrás de la agitación de que tenemos evidencia en los Evangelios, podemos discernir un largo período de creciente expectación.

Para el pueblo en general el Mesías seguía siendo lo mismo que El había sido para Isaías y para sus contemporáneos: el Hijo de David que traería victoria y prosperidad a la nación judía. A la luz de las referencias de los Evangelios, difícilmente se puede dudar que el concepto popular del Mesías fuera principalmente nacional y político.

El erudito judío Joseph Klausner escribe: «*El Mesías llegó a ser más y más no solamente un gobernante político por excelencia, sino también un hombre prominentemente de cualidades morales*».

Jacob Gartenhaus refleja las creencias judías prevalecientes de ese tiempo: *«Los judíos esperaban al Mesías como el que los libraría de la opresión romana... la esperanza mesiánica era básicamente de una liberación nacional».*

La *Enciclopedia Judía* afirma que los judíos *«añoraban el libertador prometido de la casa de David, que los libraría del yugo del odiado usurpador extranjero, pondría fin al impío gobierno romano, y establecería en su lugar su propio reino de paz y justicia».*

En ese tiempo los judíos estaban refugiándose en este prometido Mesías. Los apóstoles tenían las mismas creencias que las personas que estaban alrededor de ellos. Como afirma Millar Burrows, *«Jesús era tan diferente de lo que los judíos esperaban que fuese el hijo de David, que sus propios discípulos encontraron casi imposible relacionar la idea del Mesías con El».*

La solemne declaración que Jesús hacía acerca de ser crucificado no era bienvenida en manera alguna por sus discípulos (Lucas 9:22). *«Parece haber existido la esperanza»*, observa el teólogo escocés A. B. Bruce,

de que El estuviera captando la situación de un modo demasiado sombrío, y que sus percepciones resultarían infundadas ... un Cristo crucificado era un escándalo y una contradicción para los apóstoles; tal como continúa siéndolo para la mayoría del pueblo judío después que el Señor ascendió a la gloria.

Uno puede detectar en el Nuevo Testamento la actitud de los apóstoles hacia Jesús: Ellos esperaban un Mesías reinante. Después que Jesús les dijo a sus discípulos que El tenía que ir a Jerusalén a sufrir, Jacobo y Juan le pidieron que les prometiera que en su reino ellos se sentarían uno a su derecha y otro a su izquierda (Marcos 10: 32-38) ¿Qué tipo de Mesías estaban esperando? ¿Un Mesías crucificado? No, un gobernante político. Jesús indicó que ellos malentendían lo que él tenía que hacer; no sabían lo que estaban pidiendo. Cuando Jesús predijo su crucifixión, los doce apóstoles no se podían imaginar lo que él quería decir (Lucas 18:31-34). Debido a sus antecedentes y a su entrenamiento, ellos creían que estaban en una cosa agradable. Después vino el Calvario. Todas sus esperanzas se esfumaron. Regresaron a sus casas profundamente desilusionados.

El doctor George Eldon Ladd, profesor de Nuevo Testamento en el *Fuller Theological Seminary*, escribe:

Esta es también la razón por la cual los discípulos lo abandonaron cuando fue tomado cautivo. Sus mentes estaban tan imbuidas de la idea de un Mesías conquistador, cuyo papel era el de subyugar a sus enemigos, que cuando lo vieron sangrar bajo los azotes, como un prisionero indefenso en manos de Pilato, y cuando vieron que se lo llevaron y lo clavaron en la cruz para morir como un criminal común, todas sus esperanzas mesiánicas de Jesús se hicieron pedazos. Es una sólida verdad psicológica que nosotros escuchamos lo que estamos preparados para oír. Las predicciones de Jesús acerca de su sufrimiento y su muerte cayeron en oídos sordos. Los discípulos, a pesar de su advertencia, no estaban preparados para esto.

Pero pocas semanas después de la crucifixión, contrario a sus antiguas dudas, los discípulos estaban en Jerusalén proclamando a Jesús como Señor y Salvador, el Mesías. La única explicación razonable que yo puedo ver está en 1 Corintios 15:5: «Y que apareció... a los doce». ¿De qué otra manera podrían esos desalentados discípulos haber salido a sufrir y a morir por un Mesías crucificado? Ciertamente debió de haber ocurrido que El «después de haber padecido, se [les] presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días» (Hechos 1:3).

Sí, muchos han muerto por una buena causa, pero, en lo que respecta a los apóstoles, la buena causa misma murió en la cruz. Sólo su resurrección y el resultante contacto con sus seguidores los convencerían de que Jesús era el Mesías. De esto ellos testificaron, no sólo con sus labios y sus vidas, sino también con sus muertes.